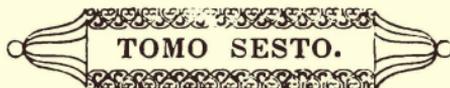


AMALIA.

POR

JOSÉ MARRÓN.

SEGUNDA EDICION.



BUENOS AIRES.

IMPRENTA AMERICANA, STA. CLARA NUM. 62

1886.



CAPITULO V.

Así fué.



N el cataclismo á que habian caido, arrojados por la mano de Rosas, todos los principios de la constitucion moral, social y política del cuerpo argentino, la Religion no podia librarse del sacudimiento universal, porque sus representantes en la tierra, son hechos, por des-

gracia, de la misma cera modificativa que los profanos.

Exhaustas las fuentes purísimas del cristianismo :—la justicia, la paz, la fraternidad, la tolerancia—la Religión Divina no encontró en Buenos Aires otros hijos dignos de su severo apostolado, que los Padres de la Compañía de Jesús.

Desenfrenadas las pasiones innobles en el corazón de una plebe ignorante, al soplo instigador del tirano ; subvertida la moral ; perdido el equilibrio de las clases ; rotos los diques, en fin, al desborde de los malos instintos de una multitud sin creencias, educada por aquel fanatismo español que abría los ojos del cuerpo á la superstición por el fraile, y cerraba los del alma á la adoración injénua de la Divinidad, y á la comprensión de la más ilustrada de las religiones, la federación vió sin dolor la profanación de los templos, la prostitución del clero, y el insulto cometido á los altares y á la cátedra de la predicación evangélica, sin sentir en su conciencia el torcedor secreto de su crimen.

Rosas quiso despojar á la conciencia de los hombres que lo sostenían en el mando, de toda

creencia que no fuese la de su poder; de otro temor que á su persona; de esperanza alguna que no fuese la que su lábio prometia; de otro consuelo que el que ofrece al crimen la repeticion del crimen. Y para eso era preciso insultar á Dios, la Religion, y la práctica de ella, á los ojos de esa multitud fanática y apasionada, cuyos sentimientos rudos esplotaba.

Sacerdotes indignos de su mision evanjélica, se prestaron al plan rebelde del apóstata, y comenzaron en las famosas Parroquiales sus primeros insultos á Dios, á Cristo, y á su Sacra Casa.

Cuando el emperador Teodosio, bañado en la sangre de la degollacion de Tasalónica, quiso entrar al templo, San Ambrosio salió á la puerta, y estendiendo su mano le dijo: "Aquí no entra el delito, id á lavaros, y volved limpio."

Pero en Buenos Aires no hubo quien velase la santidad del templo.

En los brazos de los federales—de los federales dignificados con la casaca de nuestros jenerales, ó con el baston de nuestros majistrados, pero plebeyos y corrompidos de corazon—el retrato del dictador fué conducido hasta los templos, y recibido

en la puerta de ellos por los sacerdotes en sobrepelliz; paseado por entre las naves bajo el Santo Palio, y colocado en el altar al lado del Dios crucificado por los hombres.

En la tribuna del Espíritu Santo se alzaba al mismo tiempo la voz del misionero apóstata de la santa ley del Evangelio, y buscando la inspiracion de su palabra, no en el sagrado tabernáculo donde se encierra la primera ofrenda que hace al álma el legado sublime del catolicismo, sino en la imájen ensangrentada del renegado de su Dios y de sus doctrinas en la tierra, trasmitia al pueblo, ignorante y ciego que cuajaba el templo, no esa predicacion de amor y de paz, de abnegacion y de virtud, de sacrificio y de hermandad que le dictó el hombre-Dios desde el Calvario, sino el ódio de Caín, y la mofa sangrienta del que presentaba el vinagre y la hiel al que pedia desde la cruz una gota de agua para sus lábios abrasados.

Sobre las losas de esos templos, en sus átrios, los mashorqueros, inflamados por la palabra de sus predicadores, ajitaban su cuchillo y juraban mellarlo sobre la garganta de los unitarios.

El confesionario estaba convertido en otro púl-

pito de propaganda federal, donde se estraviaba la conciencia del penitente, pintándole á Rosas como el protegido de Dios sobre la tierra, y mostrando á los unitarios como los condenados por Dios á la persecucion de los cristianos. . . .

Y este escándalo, llevado al grado de propaganda diaria, caminaba, como una epidemia, por el aire, é iba á infestar y corromper el clero y las nociones de la moral y de lo santo, hasta en los últimos confines de la República.

Uno de los bizarros cuerpos de la cruzada libertadora, es deshecho y acuchillado por las fuerzas federales. A su espalda tiene la muerte, en el cuchillo de Rosas. A su frente tiene la muerte, entre las nieves de los Andes.

Esta invasion á la naturaleza, en la estacion de sus enojos, cuando el hombre no tiene entre los hielos mas amparo que Dios, que parece á veces castigarle por su insensata vanidad, que arrastra el pié mortal donde parece que solo el rayo del sol y las alas del aire pueden llegar, ofrecia un espectáculo pasmoso.

Nuestros valientes, sin embargo, atropellan las nieves.

Infinitos de ellos perecen en su lucha terrible con la naturaleza. Quedan sepultados para siempre bajo enormes hielos que se desploman sobre sus cabezas. Y cuando el aire, la luz, el hielo y la gigante mole guardaban quizá el silencio de la admiracion, en presencia de esa magnífica osadía, de ese terrible infortunio, al pié del Andes, las provincias de Cuyo rujian, haciendo éco á la voz del obispo, José Manuel Eufrazio, que levantaba su báculo, incitando á los pueblos á la persecucion de aquellos desgraciados, predicando su muerte y su esterminio en la persecucion !

Y Rosas, contento el bárbaro de ver á su sistema dándo los resultados calculados, escribia al obispo de Cuyo:

“Descargando Vuestra Señoría Ilustrísima un
“anatema justo contra los salvajes unitarios, im-
“píos enemigos de Dios y de los hombres, ofre-
“ce un lucido ejemplo eminente.—Resalta la ver-
“dadera caridad cristiana, que enérgica y sublime
“por el bien de los pueblos, *desea el esterminio* de
“un bando sacrílego, feroz, bárbaro....—Alta-
“mente complacido el infrascripto por los esplén-
“didos triunfos con que la Divina Providencia se

“ha dignado enlucir las armas de nuestra libertad
 “y honor, *quedando esterminados* los feroces salva-
 “jes unitarios, siente una satisfaccion pura en re-
 “tornar á Vuestra Señoría Ilustrísima sus bené-
 “volas congratulaciones.—JUAN MANUEL DE RO-
 “SAS”—(*)

Así: el clero se prostituía:

El sentimiento relijioso se pervertia en la so-
 ciedad:

La niñez habria los ojos ante un culto de san-
 gre:

Y Rosas, hijo de la Federación, y jefe de ella,
 sostenia este escándalo, y se sostenia con él, al
 mismo tiempo.

Sí. En este nombre de la federacion, está se-
 llada la tradicion de toda cuanta desgracia puede
 azotar el nombre y el destino de todo un pueblo!

No hay jerarquia de delitos; no hay jénero de
 criminales que no haya surjido de los centros que
 aceptaron por nombre esa palabra federacion.

Quiroga—ese bandido que algun dia se creerá

(*) Oficio dirigido al obispo de Cuyo, é inserto en el número
 5,483 de la *Gaceta*.

una creacion de la fábula de nuestras tradiciones:—Quiroga que prendia fuego á la ciudad de su nacimiento: que pasaba como un cometa de sangre y crímenes sobre la frente de los pueblos; que desde la profanacion de la virgen, hasta el degüello del anciano y el niño, muestra en su vida una graderia indefinible de delitos; que para escarnio de Dios, cansado ya de escarnecer los hombres, inscribia sobre un pendon negro:

¡ RELIJION Ó MUERTE !

Quiroga, decíamos, se llamaba federal; y á nombre de la federacion dejó á la posteridad una historia inaudita de delitos.

Lopez, cuya vida era el robo y la falsía del salvaje.

Ibarra, que entregaba á sus amigos arrancándolos del techo de su casa que los cubria, para pasarlos á manos del verdugo que se los pedia.

Aldao,—el fraile Aldao—que tenia celos de la vida criminal de Quiroga, y en una ambicion fe-

briciente de delitos, se empeñaba en sobrepasarle y eclipsarle el nombre.

Rosas, que reasumió todas las inspiraciones de esos otros, y sistematizó con ellas su gobierno basado en el crimen, nutrido por él, dirigido á él:—todos tomaron su bautismo público en esa charca de sangre que se ha llamado federacion en la República.

La historia arjentina no enseñará esa palabra, sino como la representacion de algun delincuente, como el signo convencional de alguna rebelion, de algun partido, de algun golpe preparado al progreso y á la libertad del pais.

La federacion, como sistema, jamás ha sido practicada en la República, ni los pueblos la escijieron nunca. Una sola vez fueron consultados, y fué cuando aceptaron la constitucion unitaria....

“Los unitarios son demasiado ilustrados, relativamente á nuestros pueblos;” decian los federales en tiempo del debate constitucional; “y no puede mandarlos, porque los pueblos no estenderian su civilizacion.”

Pero los federales, al mismo tiempo pedian

que esos pueblos se gobernasen y legislasen por sí solos.....

¡ Como si el pueblo, atrasado para comprender la ilustracion ajena, pudiera á la vez ser bastante civilizado para darse lo mas dificil de la ecsistencia pública:—su legislacion, y sus principios de gobierno!

La federacion no ha sido jamás en la República, sino el vicio orgánico que quisieron introducir en ellos los caudillos, alzados á la sombra de la ignorancia jeneral..... Y ahí está la tradicion entera de ese pueblo. Desde 1811, las guerras civiles, el crimen oficial, el atraso, la estagnacion de los elementos de progreso que tenia el pais, su ruina en una palabra, todo es debido á los que han levantado la bandera de federacion. Y cuanta tradicion honrosa tiene la República, en armas, en constitucionalismo, en moral, en ciencia, en literatura, está inherente á los nombres de los que han constituido el martirolójo argentino bajo el puñal de los federales.

Cuanto mas se aleja la historia de la vida desenfrenada de los caudillos de la federacion ; cuanto mas se acerca á nuestro primer dia político, el

pensamiento unitario refleja mas sobre la frente de nuestros primeros patriotas.

Moreno era unitario ; queria un centro de poder jenérico en la República.

Belgrano era mas que unitario : era monarquista. Recibió la República como un hecho que se establecia al empuje de los acontecimientos ; la sostuvo con su espada ; la propagó en el continente ; pero en sus convicciones de hombre, la monarquía constitucional irritaba los deseos mas vivos de su corazon. La monarquía, único gobierno para que nos dejó preparados la metrópoli. La constitucion, última espresion de la revolucion americana.

Muchos otros la querian tambien.

Ellos sabian que no era la emancipacion del principio monárquico lo que requerian las necesidades sociales de los pueblos de América. Estos necesitaban para cumplir la grandeza de su destino en el mundo, quebrar los lazos seculares que los ataban á una monarquía extranjera y atrasada. Pero esas necesidades no pedian el divorcio del principio monárquico y los pueblos.

La raza, la educacion, los hábitos, los instintos

y el estado social, todo clamaba por la conservacion de aquel principio. La jeografia, el suelo mismo, coordinaban sus voces con los pueblos.

Pero la revolucion dejeneró, se extravió, y al derrocar al trono ibérico, dió un hachazo tambien sobre la raiz monárquica, y, de la superficie de la tierra, se alzó, sin raices, pero fascinadora y seductiva, esa bella imájen de la poesía política, que se llama República.

Todavia un medio quedaba de reconquistar algo de la gran pérdida de aquel principio, y ese medio era la unidad de réjimen en la República.

La unidad, sin embargo, fué hecha pedazos por los Atilas arjentinos, que, salidos del fondo de nuestros desiertos bárbaros, vinieron á romper con el casco de sus potros las tablas de ese Occidente americano, en que empezaban á inscribirse las primeras palabras de nuestra revolucion social.

Tomaron el nombre de los pueblos. Entendieron que federacion era hacer cada uno lo que le diera la gana; y cada uno hizo lo que Artigas, Lopez, Bustos, Ibarra, Aldao, Quiroga y Rosas...

.....
Y entre todo lo que hicieron, pocos de ellos de-

jaron de convertir la Religion en instrumento de su ambicion personal.

Rosas fué el último, de todos, que se valió de ella, pero el primero, sin disputa, en la grandeza de su crimen.

Los Jesuitas fueron los únicos sacerdotes que osaron poner la entereza del justo, la fortaleza del que cumple en la tierra una mision de sacrificio y de virtud, á la profanacion que hizo al altar la encegueda pretension del tirano.

El templo de San Ignacio, fundado por ellos durante la dominacion española, y de donde fueron espulsados despues, fué velado por ellos en 1839, y cerradas sus puertas á la profana imájen con que se íntentaba escarnecer el altar. Ellos le pagaron mas tarde al dictador esta resistencia digna de los propagadores mártires del cristianismo en la América: pero ellos recibieron el prémio en su conciencia; y mas tarde lo recibirán en el Cielo.

Qué tenia que ver el templo y los sacerdotes de Cristo con los triunfos políticos de Rosas; ni con la imájen de un profano, la casa de las imájenes celestes? “Determinado está por Jesucristo el fin de la mision eclesiástica, y trazado el círculo de

sus funciones. Encargada de apacentar y conducir el rebaño que está de camino para la vida eterna, conductora de peregrinos, y ella misma peregrina, no puede cuidarse mas, ni necesita mas, que el permiso del tránsito para viajar por tierra extraña.”

Pero fuera de los Padres de la Compañía de Jesus, la Religion se vió escarnecida por sus mismos intérpretes en la tierra.

Las comunidades de Santo Domingo, San Francisco, y Monjas Catalinas, y Capuchinas hicieron esposiciones políticas completamente opuestas al espíritu de caridad, al sentimiento de paz y fraternidad, que debe abrasar á los que se cubren con un sayal para vivir lejos de las pasiones del mundo.

La victoria del Sauce Grande fué victoreada por esos frailes y esas monjas ; y era la sangre de hermanos, la sangre de Abel la que habia corrido en esa lucha.....

Jesu-Cristo no se entrometió jamás en los negocios políticos de la Judéa ; y ninguna tradicion revela que los Apóstoles felicitasen en calidad de tales á ninguno de los Césares romanos por sus

victorias sobre los otros pueblos. Y esos frailes y esas relijiosas se las tributaban por la prensa al mas impío y sanguinario de los tiranos. Sus lábios sacrílegos ofrecian elevar á Dios sus plegarias, por sus contínuos triunfos sobre los unitarios.

“Tienen miedo” decian para disculparlos. Miedo! El que viste el santo hábito del relijioso no conoce ese sentimiento. Cuando siente que la fortaleza de su alma se desmaya, él se arrodilla en el templo, ó bajo la bóveda eterna de los cielos, y pide á Dios la inspiracion divina que imprimió la resignacion en el espíritu de su hijo. El miedo es un crimen en el varon apostólico, cuando se trata de defender la Relijon y la moral; cuando se trata de resistir al crimen ó á la tentacion del demonio. El hijo de la Iglesia debe morir antes que claudicar de los santos principios que profesa. Cuando le falta el valor á la carne, la inspiracion del Altísimo lo infiltra en la conciencia, si ella se eleva hasta él en estado de santidad y de ruego. En Cochinchina, en el Thibet, en los desiertos del Africa, en los bosques de la India, entre sus boas y sus reptiles, el sacerdote de Cristo no conoce el miedo. Allí van diez, y vuelve uno contando que sus de-

más hermanos perecieron, y otros diez y otros cien siguen tras ellos, á llevar en su palabra, en su resignacion y en su martirio, la propaganda santa que el curso de diez y nueve siglos no ha cortado.

Al nuevo mundo, levantado en la mano de Colón y presentado á la luz de la civilizacion del viejo mundo, vino antes que ésta la luz pura y clarísima del cristianismo, á invadir los páramos solitarios y en tinieblas de la conciencia del rudo habitador de los desiertos. Y el misionero apostólico, estableciendo su púlpito y su predicacion donde encontraba cuatro hombres que le oyesen, sentia por su oído el silvo de la flecha, se deslumbraban sus ojos con el brillo de la hoguera, y, levantado el corazón á Dios, seguia hablando la palabra de Cristo, muchas veces cortada en sus lábios por la muerte, y hablaba y moria sin conocer el miedo. Porque la vida terrenal, la vida de la carne no es la vida del sacerdote de la Cruz. Su vida es el espíritu, su mundo el Cielo, su reino la eternidad, su mision el martirio, su premio la prosternacion de su alma ante el rostro de su Creador, bañado en la inefable sonrisa del que recibe con amor al hijo digno de su precioso aliento. . . .

Nó, no es el miedo una justificacion de esos sacerdotes impíos. No es el miedo quien puede justificarlos ante Dios de su predicacion de sangre, de sus apoteosis mentidas al asesino de un pueblo, al profanador de los altares, al rebelde á la justicia, á la fraternidad y á la paz, inspiraciones purísimas del Omnipotente, puestas en los divinos lábios del Redentor del mundo.

Si habia miedo, era porque no habia fé, porque no habia la conciencia de su apostolado en la tierra; y habia esto, porque la prostitucion de la época, que filtraba sus gotas de veneno por los viejos muros de nuestros conventos, infeccionaba el aire y corrompia las conciencias. !!!

Y mañana cuando la revolucion, ó la naturaleza tumbe la frente del tirano, y el pueblo, sin cadenas, se levante ¡oh! no toqueis entonces su conciencia; no le mireis el alma, si quereis bajar á la tumba con una ilusion y una esperanza!

Veinte años no pasan sin dejar huella en le alma de las jeneraciones jóvenes. Y donde no se ha visto sino el escándalo y el crimen, el vicio, la apostasía, y la prostitucion de todas las nociones del bien, que envuelve la palabra y la práctica del

Evanjelio, en tan largo, en tan pesado tiempo, allí no encontrareis, ni la religion, ni la moral; allí será preciso una propaganda, y una accion sostenida por no menos tiempo, en sentido inverso de la que arrulló en la cuna y desenvolvió los instintos y el espíritu de un pueblo nuevo. Y cuando el ángel bueno de la patria, vierta una lágrima al lado del pueblo, dormido sobre la almohada de sus pasiones solamente, sin que la fé y la creencia refresquen sus sienes con la imájen dulcísima de Dios, el nombre de la federacion y de Rosas brillará fosfórico en el aire que circunda al Plata.

Porque ellos serán para Dios y para la historia, la causa jeneratriz que hizo desenvolver tanto jermen de inmoralidad y de escándalo; tanta semilla cuyos frutos amargos no son para nosotros solamente, sino tambien para nuestros hijos.





CAPITULO VI.

Sor Marta del Rosario.



EN un pequeño banco de piedra, en el centro de un bosque de naranjos de Tucuman, sentada estaba Sor Marta del Rosario, Abadesa de las Capuchinas, y Sor María del Pilar; mientras otras monjas paseaban por el jardín cercano al muro del convento, que dá á la calle del Tacuarí.

Sor María del Pilar leía con mucha atención un papel; y, concluida que fué su lectura, dijo á la madre Abadesa:

—Está como de mano, Sor Marta.

—Dios nos ilumina, Sor María, cuando tenemos que cumplir su voluntad,—contestó la madre Abadesa.—Pero quiero que lo lea fuerte. Puede ser que se me haya olvidado alguna cosa.

Sor María volvió á desdoblar el papel y leyó:

“JESUS.

“*Excelentísimo Señor.*

“Demos gloria al Soberano Dios de los Ejércitos cuyo brazo poderoso sostiene y vigoriza las huestes de Vuecelencia para que reporte tan repetidos triunfos: en nombre de este nuestro buen Dios y de la Santa Comunidad, doy á Vuecelencia mil enhorabuenas, y quedamos con nuevo empeño rogando á nuestro Señor dé á Vuecelencia la investidura de sus soberanos atributos de bondad, equidad y misericordia, para consuelo de este pueblo que tanto lo ama, y para que la gloria

de Vuecelencia sea eterna en compañía de los Santos y del mismo Dios.

“Deseo que Vuecelencia disfrute perfecta salud, y tan abrasado en su divino amor, como se lo suplica de continuo esta su mas humilde y afectísima hija en este monasterio de Nuestra Señora del Pilar y Pobres Capuchinas, en Buenos Aires á 31 de Julio de 1840.

“*Sor Marta del Rosario.*

Indigna Abadesa.” (*)

—No creo que falte nada,—dijo Sor María despues de concluida la lectura.

—Lo he pensado y consultado con mi conciencia por muchos dias,—contestó la madre Abadesa.

—Y cree Su Reverencia que toda la Comunidad piense del mismo modo?

—La Comunidad debe pensar como su Abadesa; porque de lo contrario, no solo seria faltarme al respeto, sino, una ingratitude, una herejía el des-

(*) Inútil es decir que todo documento publicado en esta obra, es auténtico.

conocer los servicios que debemos al Señor Restaurador. Él nos ha regalado la reja de fierro que tiene el átrio del templo. A él le debemos que se haya arreglado nuestro asunto con el Síndico; y de él y su familia estamos todos los días recibiendo obsequios; ¿qué sería de nosotras si él faltase? Además, las Comunidades de Santo Domingo, de San Francisco y las Monjas Catalinas nos han dado el ejemplo, y si nosotras, no pasamos esta felicitación, infaliblemente caeremos en el enojo de Su Excelencia. Así, pues, en esta felicitación por la batalla del Sauce Grande, aunque vá á ir después de tanto tiempo y con fecha atrasada, nos ponemos á cubierto del disgusto de Su Excelencia. Pero en otra cosa nos vamos á anticipar á todos los demás, y es en otra comunicación que vamos á dirigirle, y cuyo borrador lo ha de ver primero Don Felipe.

—Me parece muy bien pensado, porque nadie es capaz de darnos mejores consejos que ese santo varón.

—Una persona ha de venir dentro de un momento, y con ella he de mandarle á Don Felipe lo que quiero que vea.

Sor Marta del Rosario acababa estas palabras, cuando sonó la campana de la portería, y una monja llegó al jardín á anunciar que preguntaban por la madre Abadesa.

Esta se levantó en el acto y fué al torno.

Era el Señor Don Cándido Rodriguez; quien despues de la introduccion de forma, *Ave María etc.*, dijo á la Abadesa.

—El Excelentísimo Señor Gobernador de legado, Camarista, Doctor Don Felipe Arana, me manda saludar en su nombre á su Reverencia, madre Abadesa, y á toda la Santa Comunidad del Convento, y preguntar por la salud de su Reverencia y toda la Santa Comunidad.

—Por la bondad de Dios todas gozamos de completa salud, y estamos rogando por la del Señor Don Felipe y todos los que se hallan en gracia del Espíritu Santo,—contestó Sor Marta, que por estatutos de su Orden solo podia hacerlo por el torno, en la parte interior del locutorio de recepcion.

—El Excelentísimo Señor Gobernador delegado me ha ordenado el dar á Su Reverencia las

mas finas y benévolas gracias por las empanadas y el dulce de toronja.

—No salieron muy buenas las empanadas.

—He oído al Excelentísimo Señor que estaban muy buenas, y que se comió tres.

—Mañana le hemos de mandar al Señor Don Felipe unas tortas.

—Tortas es lo que mas come el Excelentísimo Señor.

—Y tambien le hemos de mandar á usted una, ¿usted vive en casa del Señor Don Felipe?

—No, madre Abadesa. Yo vivo en mi casa. Soy indigno secretario del Señor Don Felipe. Pero en vez de la torta, yo viviria mas eternamente agradecido á Su Reverencia y á toda la Santa Comunidad, si se dignaran elevar á Dios sus piadosos ruegos por la seguridad y tranquilidad de mi vida, en este caos de trastornos porque estamos atravesando.

—Pero usted no es federal y secretario de Su Excelencia?

—Sí, madre, lo soy, pero temo las intrigas de los enemigos de Dios y de los hombres; y sobre

todo, madre Abadesa, temo mucho las equivocaciones.

—No tenga usted cuidado, lo hemos de hacer, ¿cómo se llama usted, hermano?

—Cándido Rodríguez, natural de Buenos Aires, de edad de 45 años, soltero, actualmente secretario privado de Su Excelencia el Gobernador delegado, humilde siervo de Dios, y criado de Su Reverencia y de toda la Santa Comunidad.

—Y el Señor Don Felipe no le ha hecho á usted otro encargo, Señor Don Cándido?

—Sí, madre Abadesa. Me ha encargado reciba de Su Reverencia una carta para Su Excelencia el Restaurador de todas las Leyes, héroe de todos los desiertos y de la Federacion, y el borrador de otra que habrá de dirigirle Su Reverencia á su nombre y al de toda la Comunidad.

—Eso es; ya está todo pronto. Ahí vá la carta,—dijo la Abadesa haciendo jirar el torno con una carta que Don Cándido tomó, diciendo:

—Ya está en mis manos, madre Abadesa.

—Muy bien, ahí vá el borrador de la otra.

—Ya lo tengo tambien.

—Recomiéndele usted mucho al Señor Don

Felipe que lea el borrador con toda atencion y haga en él las alteraciones que crea convenientes.

—Muy pocas tendrá que hacer, madre Abadesa, porque las obras de Su Reverencia deben ser completas, acabadas, perfectas.

—Si usted quiere leer el borrador?.....

—Con el mayor placer, madre Abadesa.

—Pero léalo fuerte; me gusta mucho oír leer lo que yo escribo.

—Esa es propension de todos los sábios y sábias de este mundo,—dijo Don Cándido desdoblado el papel, en el cual leyó en seguida:

“JESUS.

“*Excelentísimo Señor.*

“Rogamos al Dios del Cielo y de la tierra, Soberano Rey que dá vigor al brazo victorioso de Vuecelencia, para que reporte nuevos triunfos sobre sus encarnizados enemigos que acaban de invadir el pais, y para que sean pulverizados por Vuecelencia bajo la proteccion de la Divina Providencia.

“En todas nuestras oraciones elevamos votos al

Ser Supremo porque se consuman todas las glorias de Vuecelencia sin peligro de su vida, ni de su importante y preciosa salud. Y que, abrasado en el divino amor en que arde, viva eternamente para la felicidad de sus pueblos.

“Estos son los votos que á nombre de toda la Comunidad de las pobres Capuchinas, hace al Cielo y los trasmite á Vuecelencia en Buenos Aires á de agosto de 1840.

“Sor Marta del Rosario,

Indigna Abadesa.”

—Magnífico está, madre Abadesa!

—Lo halla usted bueno?

—No lo haria mejor el Señor Don Felipe, á pesar de su inmensa sabiduría y elocuencia.

—Vaya, pues, muchas gracias, Señor Don Cándido.

—Entonces, no ordena Su Reverencia nada mas?

—Nada mas.

—Luego que el Señor Gobernador delegado haya impuéstose de este santo documento, yo

mismo se lo traeré á Su Reverencia para que lo haga poner en limpio.

—Eso es.

—Pero entretanto, yo vuelvo á pedir á Su Reverencia, que no me eche en olvido en sus santas oraciones.

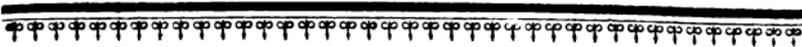
—Pierda usted cuidado.

—Entonces, me despido de Su Reverencia y de toda la Santa Comunidad.

—Dios vaya con usted, hermano.

—Sí, Madre, Dios venga conmigo en todas partes,—dijo Don Cándido y salió del convento meditabundo y paso á paso.





CAPITULO VII.

**Como Don Cándido se decide á emigrar, y
cuales fueron las consecuencias de su
primera tentativa.**



ERO no bien nuestro secretario privado tuvo un pié en la vereda, y otro sobre el alto escalon de la portería del convento, cuando una mujer, con sus gruesos rizos negros en completo desórden, y cuyo gran pañuelo de merino blanco, con guardas rojas arrastraba la punta

de su ángulo cuatro ó seis dedos mas abajo de la halda del vestido, le tomó el brazo y exclamó:

—Ah, que felicidad! Son los Dioses del Olimpo los que me han conducido por esta senda. Oh! ya no tenemos que temer del Hado pues que he hallado á usted.

—Señora, usted se equivoca,—dijo Don Cándido estupefacto,—yo no tengo el honor de conocer á usted, ni creo que usted me conoce á mí, á pesar del Hado y de los Dioses del Olimpo.

—Que no os conozco! Vos sois Pilades.

—Yo soy Don Cándido Rodriguez, Señora.

—No, vos sois Pilades; como Daniel, Ulises.

—Daniel?

—Sí, ¿ahora se hace usted el que no me conoce? yo soy la Señora Doña Marcelina, en cuya casa hizo usted parte de aquella estupenda tragedia en que....

—Señora, por el amor de todos los Santos, cálese usted que estamos en la calle.

—Pero hablo despacio; apenas me oye usted mismo.

—Pero usted se equivoca. Yo no soy.....yo no soy....

—Que no es usted? Oh! mas fácil hubiera sido á Orestes desconocer su patria, que á mí el desconocer á mis amigos; y sobre todo cuando están en peligro.

—En peligro?

—Sí, en peligro; se piensa hacer una hecatombe con usted y con el Señor Don Daniel!—esclamó Doña Marcelina levantando su dedo índice á la altura de los ojos de Don Cándido; ojos que vagaron del Cielo á la tierra, y de Doña Marcelina al vestíbulo de la portería.

—Entre usted, Señora,—la dijo Don Cándido tomándola de la mano, entrándola y haciéndola sentar á su lado en un escaño.

—Qué hay?—continuó.—¿Qué especies de profecías espantosas y terríficas son las que salen rápidas y tumultuosas de la boca de usted? ¿Dónde he conocido yo á usted?

—Contestaré, primero: que conocí á usted una mañana en casa de mi protector Daniel, y que otra vez lo ví á usted al salir del zaguan de mi casa en aquella noche en que . . .

—Despacio.

—Bien. Agregó á usted que en este momento

el Cura Gaete está durmiendo la siesta en mi casa.

—En los infiernos debiera estar durmiendo!

--Despacio.

—Prosiga usted, buena mujer, prosiga usted.

—Durante la comida ha blasfemado contra usted y Daniel. Ha hecho brillar en su mano un puñal mas grande que el de Bruto; y, con los furores de Orestes, ha jurado perseguir á ustedes con mas encarnizamiento que Montegon á Capuleto.

—Que horror!

—Pero hay mas.

—Mas que matarnos?

—Sí, hay mas: ha jurado que desde esta noche, él y cuatro mas ván á espiar á usted y á Daniel para asesinarlos donde los encuentren.

—Desde esta noche!

—Oh! al lado del pensamiento de Gaete, es nada este verso de Creon:

“Moriré, morirás, morirán ellos,
Todos perecerán”.....

Conoce usted la Arjia, Señor Don Cándido?

—Déjeme usted de comedias, Señora,—dijo

Don Cándido pasándose la mano por su frente bañada de sudor.

—No es comedia, es una estupenda tragedia.

—Que mas tragedia que la que me pasa, Santo Dios!—esclamó Don Cándido.

—Y lo peor de todo es, que Daniel y usted serán víctimas inocentes inmoladas á Júpiter.

—Inocentes? Yo á lo menos, lo soy. Pero veo que en mi destino hay algo de raro, de extraño, de fenomenal. Fluctúo entre los sucesos como un débil barquichuelo á merced de las ondas. Oh, fortuna, fortuna! No tienes tú la culpa, sinó yo, yo que abandoné mi profesion, que hoy podia servirme para tener áncoras de salvacion en mis discípulos. Porque ha de saber usted, Señora, que yo he sido maestro de enseñanza primaria, y tenia adoptados los mejores métodos: á las ocho se entraba á clase; á las diez los niños iban á recreo mientras yo almorzaba; mi almuerzo era generalmente puchero, huevos y café con leche, sin vino, por supuesto, porque esta bebida embota las facultades mentales, razon por la cual los ingleses no tienen entendimiento; despues duraba la clase hasta la una, hora en que los niños volvian á su

casa y yo dormía un poco, no el sueño de ese infernal Cura Gaete que debe ser ajitado por un enjambre de venenosas serpientes.....

—Despacio. Pueden oírnos aquí mismo. Vivimos sobre un volcan, y yo, aunque mujer, soy quizá el ser mas comprometido por mis antiguas relaciones y opiniones políticas. ¿Me conoce usted?

—No, Señora, ni quiero conocerla.

—Pues estoy comprometida hace tiempo.

—Usted?

—Yo. Todos mis amigos han sido víctimas. Acercárame y tener sobre su cabeza la cuchilla del ángel esterminador, es todo una misma cosa. Yo, mis amigos y la desgracia componemos las tres unidades de la tragedia clásica, segun me lo esplicó tantas veces el célebre poeta Lafinur, que sabia que con nada se me contentaba mas que con darme lecciones de literatura. No puedo ni hablar con las personas sin que caígan en desgracia luego.

—Y eso me dice usted recién?—dijo Don Cándido tomando su sombrero y su caña de la India, que habia puesto á su lado sobre el escaño, y preparándose á marchar de prisa.

—Deteneos, presunta víctima!—esclamó Doña Marcelina.

—Yo? ¿Al lado de usted?

—Y qué sería de vuestra vida y de la de Daniel si no hubiera yo volado á prevenirles el inmenso riesgo que están corriendo?

—Y qué será de mí si continúo hablando con usted?

—De todos modos usted ha de morir. El Hado es implacable.

—El diablo es quien se la debia llevar á usted, Señora.

—Conteneos, temerario: si no hablais conmigo, morís por la mano de Gaete; y si hablais conmigo, morís por la mano de las autoridades.

—Cruz!—esclamó Don Cándido mirando á Doña Marcelina con despavoridos ojos, y cruzando los dos índices de sus manos.

—“Ah! Cuando no se ha visto

A la beneficencia haciendo ingratos.”

Contestó Doña Marcelina con esos dos versos de un poeta español.

—Adios, Señora.

—Deteneos. Solo la necesidad me obligaba á llegar á la casa del Señor Don Daniel; los Dioses me han hecho encontraros ¿me jurais volar á su encuentro para comunicarle la catástrofe que os amenaza á los dos?

—Sí, Señora, voy á verlo dentro de una hora. ¿Pero me jura usted, por su parte, no volver á pararme en la calle, pásame, lo que me pase?

—Lo juro sobre la tumba de mis abuelos!—esclamó Doña Marcelina estendiendo su brazo y ahuecando la voz cuyos ecos se perdieron bajo las bóvedas de la pequeña portería del Convento de las Capuchinas.....

Poco despues Don Cándido bajaba á largo paso por la calle del Potosí; dobló por la de la Florida; tomó por la de la Victoria; y descendió al Bajo por la plaza del 25 de Mayo, dejando la fortaleza á su derecha.

Eran ya las tres de la tarde; hora, en invierno, en que los porteños no abandonan jamás su vieja costumbre de salir al sol, sean cualesquiera los sucesos políticos que sus rayos alumbran.

La Alameda estaba cuajada de jente. Cinco tiros de cañon disparados por la batería, que desde el principio del bloqueo se habia colocado en el Bajo del Retiro, tras el magnífico palacio del Señor Laprida, que entonces ocupaba Mr. Slade, Cónsul de los Estados-Unidos, habian arrebatado de las calles á cuantos las transitaban en aquel momento, y tráíndolos á averiguar la causa de los cañonazos.

Ella no era otra, sin embargo, que la que daba lugar todos los dias á iguales detonaciones; es decir, la aprocsimacion á la costa de alguna ballenera francesa que sondeaba el rio, ó venia á reconocer algun lugar convenido, donde debia atracar bajo la oscuridad de la noche para recibir emigrados. De esas balleneras, sin embargo, ninguna fué echada á pique por las tres grandes baterías de la costa; y los artilleros de Rosas se contentaban con ver los estragos que hacian los proyectiles en las agitadas olas del gran rio.

Esta vez la embarcacion francesa sobre quien la batería del Retiro habia hecho sus cinco tiros, fuese por jactancia del oficial que la mandaba, ó por que para ello traía órdenes, habíase aprocsi-

mado, á favor de la creciente del rio, casi á tiro de fusil de la Capitanía del Puerto, quedando por consiguiente bajo los tiros de la Fortaleza y de la batería del Retiro.

Toda la jente se apiñó sobre las toscas del desembarcadero; el peor de todos los de este mundo, porque no han querido hacerlo bueno.

—Vienen pasados,—decian unos.

—A degüello con ellos en cuanto bajen!—esclamaba Larrazabal.

—El anteojo,—gritaba Ximeno desde las toscas á los oficiales de la Capitanía del Puerto.

—Es desembarco!—gritaban otros.

—Campo, que ván á hacer fuego las baterías,—decia desde su caballo un *sócio popular* que dominaba con su talla toda la multitud de á pié, de á caballo y de carretas.

La ballenera entretanto, arrió de repente su vela tyriana, á doscientas varas de la orilla del agua y quedó á la capa con sus remos.

Todos estaban en espectacion.

Pero no era ella sola el objeto de la mirada universal.

A cincuenta varas de la arena sobresalia del

agua la negra y lustrosa superficie de una gran tosca á donde no se podia llegar sin haber atravesado esa distancia, con el agua hasta la pantorrilla cuando menos. Y parado sobre esa especie de isla, el punto mas cercano á la ballenera, llamó de improviso la atencion de todos un hombre vestido con un largo leviton blanco, con su sombrero en una mano, una caña de la India en la otra; y que indudablemente habia atravesado á pié cuarenta varas de agua, sin que nadie lo echase de ver, pues que solo por el agua se podia llegar á la peña.

Él era, como el lector conoce yá, nuestro Don Cándido Rodriguez, que al salir del convento concibió el proyecto de emigrar aunque fuese en una tina de baño, segun él mismo se decia en la larga conversacion que trajo consigo mismo.

—Este es tu dia, Cándido,—se decia sobre la peña,—la Providencia te ha traído hasta este lugar. Ea, valor. En cuanto esa embarcacion salvadora se aprocsime mas, corre, precipítate, vuela sobre este rio, y ponte bajo la poderosa protección de esa bandera.

El miedo, que es el peor consejero de este

mundo, inspiraba de ese modo á nuestro desgraciado amigo, que no echaba de ver que á su retaguardia tenia cien ó mas jinetes federales, que con un par de rebencazos á sus caballos habrian llegado hasta él en dos minutos, al primer paso que diera hácia la embarcacion, como sucedió en efecto.

El oficial de la ballenera paseaba su anteojo por aquella multitud de mas de mil personas que habia sobre el muelle, y todas las miradas se dividian entre él y Don Cándido, cuando el estallido del cañon dió sobre todos los nervios ese golpe eléctrico que acompaña siempre á la impresion del sonido violento, y cuatro piránides sucesivas de agua que se elevaron á pocas varas de la embarcacion, arrebataron la mirada de todos, que prorrumpieron luego en un estrepitoso aplauso al tiro de la Fortaleza.

En ese momento la ballenera izó su vela, y, como para tomar el viento Sur necesitó dirigirse un momento hácia el Oeste, todos creyeron que se venia sobre el muelle, y el primero que participó de esta preocupacion fué, desgraciadamente, nuestro Don Cándido. Y desplegarse la vela, y bajar

de la peña, entrarse al agua, y empezar á andar rio adentro con la agua á la pantorrilla, todo fué la obra de un segundo.

Pero no bien acababa de poner sus pies en ese improvisado baño, cuando la ballenera viró de bordo y tomó al Este, volando mas bien que navegando con la brisa del Sur. Y á ese mismo tiempo, mientras Don Cándido abria tamaños ojos y cruzaba sus manos, cuatro caballos levantaban nubes de agua, corriendo á gran galope sobre él.

Don Cándido volvió la cabeza cuando ya estaba rodeado de los cuatro verdaderos federales, en cuyos semblantes no pudo adivinar otra cosa nuestro pobre amigo que su última hora.

—Usted se iba,—le dijo uno de ellos alzando sobre la cabeza de Don Cándido el cabo de fierro de un inmenso rebenque.

—No, Señor, venia,—contestó Don Cándido haciendo maquinalmente profundas reverencias á los jinetes y á los caballos, ó mas bien, á los caballos y á los jinetes, siguiendo el órden de una rigurosa cronolojia moral.

—Cómo es eso que venia, y se iba usted para adentro del rio?

—Sí, mis distinguidos amigos federales; venia de casa del Señor Gobernador delegado de quien soy secretario.

—Pero usted iba á alcanzar la ballenera?—le interrogó otro.

—No, Señor, líbreme Dios de ello; queria acercarme solamente, lo mas posible, para ver si la ballenera traía jente de desembarco en el fondo, para volver á avisarlo á los heroicos defensores de la federacion é incitarlos á triunfar ó morir por el padre de cuantos hijos tiene Buenos Aires, y por el Señor Don Felipe y su respetable familia.

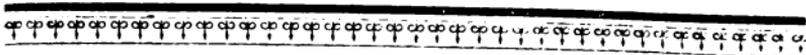
Una grita estrepitosa contra los franceses y en loor de la federacion y de los federales sucedió al discurso de Don Cándido, en la multitud de marineros del puerto y carretilleros que se habian acercado, con la agua á la rodilla, hasta el lugar de aquella escena en que todos esperaron ver un desenlace trájico.

El coronel Crespo, el comandante Ximeno, Larrazabal y todos cuantos estaban sobre la pequeña barranca de la Capitanía, no sabiendo lo que pasaba, y queriendo saberlo cuanto antes, dieron tan fuertes gritos é hicieron tan violentas señas á

los de á caballo, que uno de éstos hizo subir á Don Cándido á la gurupa, medio cargado por algunos comedidos entusiastas de los que allí habia. Y hé aquí que condujeron en triunfo hasta la Alameda al impertérrito secretario de Su Excelencia, que se habia arrojado al agua para observar el fondo de la ballenera francesa.

Inútil es decir todas las felicitaciones que recibió Don Cándido. Pero no podemos callar que, á pretexto de estar mojado, el maestro de Daniel se despidió muy pronto de sus decididos amigos, y que por una reaccion natural en su organizacion, la debilidad sucedió al coraje artificial con que logró salvarse del peligro que habia corrido; y que tuvo que entrar á tomar una taza de café á un hotel inmediato á la Capitanía, para poder llegar despues á casa de Daniel como pensaba, á echarle en cara las consecuencias que estaba sufriendo, despues de la vida política á que lo habia arrastrado, y á prevenirle que la vida de los dos estaba espuesta á ser sacrificada en hecatombe, como decia Doña Marcelina.





CAPITULO VIII.

La Guardia de Lujan y Santos Lugares.



RA el 21 de agosto.

El refuijente rey del Universo descendia con su manto de nácares y oro, allá sobre el confin del horizonte que bordaba las planicies esme-

raltadas de los campos, llanos como la superficie de un mar en calma. Su frente no llevaba esa

corona de rubies con que el cielo del trópico lo magnifica en los momentos de decirle adios; ni en redor suyo se abrian de improviso esos espléndidos jardines de luz que irradian fosfóricos en las latitudes del Crucero, donde la coqueta naturaleza se divierte en inventar perspectivas sobre los confines del alba y del ocaso.

Nuestro sol meridional descendia sin mas belleza que la suya propia, sobre los desiertos de la Pampa.

Escuadrones de pájaros salvajes volaban al Oeste, como á alcanzar el sol.

La brisa del Sur hacia ondular la superficie verde de los campos, y agitaba la crin de alguno que otro potro perdido en el desierto, fijos sus ojos en el sol poniente.

Toda la naturaleza tenia allí ese aspecto desconsolador, agreste é imponente al mismo tiempo, que impresiona el espíritu arjentino y parece contribuir á dar el temple á sus pasiones profundas y á sus ideas atrevidas.

Naturaleza especial en la América, naturaleza madre é institutriz del *gaucho*.

Ese ser que por sus instintos se aprocsima al

hombre de la naturaleza; y por su religion y por su idioma se dá la mano con la sociedad civilizada.

Por sus hábitos, no se aproxima á nadie, sinó á él mismo; porque el gaucho arjentino no tiene tipo en el mundo, por mas que se han empeñado en compararlo unos al árabe, otros al jitano, otros al indíjena de nuestros desiertos.

La naturaleza lo educa. Nace bajo los espectáculos mas salvajes de ella, y crece luchando con ella y aprendiendo de ella.

La inmensidad, la intemperie, la soledad, y las tormentas de nuestro clima meridional, son las impresiones que desde su niñez comienzan á templar su espíritu y sus nervios, y á formarle la conciencia de su valor y de sus medios. Solo, abandonado á sí mismo, aislado por decirlo así, del trato de la sociedad civilizada; siempre en lucha con los elementos, con las necesidades y los peligros, su espíritu se ensoberbece á medida que él triunfa de su destino. Sus ideas se melancolizan; su vida se reconcentra en vez de expandirse. La soledad y la naturaleza han puesto en acción sobre su espíritu sus leyes invariables y eternas;

y la libertad y la independencia, de instintos humanos, se convierten en condiciones imprescindibles de la vida del gaucho.

El caballo concluye la obra de la naturaleza: es el elemento material que contribuye á la accion de su moral. Criado sobre él, la inmensidad de los desiertos se limita y apoca para aquel que la atraviesa al vuelo de su caballo. Criado sobre él, se hace su déspota y su amigo al mismo tiempo. Sobre él, no teme ni á los hombres ni á la naturaleza; y sobre él, es un modelo de gracia y de soltura, que no debe nada, ni al indio americano, ni al jinete europeo.

Los trabajos de pastoreo á que se entrega por necesidad y por vocación, completan despues su educacion física y moral. En ellos se hace fuerte, diestro y atrevido; y en ellos adquiere esa desgraciada indiferencia á los espectáculos de sangre, que influyen tanto en la moral del gaucho.

Entre el hombre y el animal, ecsiste esa simpatía íntima, esa relacion comun que tiene su oríjen en la circulacion de la sangre. El gaucho pierde la una y la otra por la habitud de verter la sangre, que viene á convertirse en él, de ocupa-

cion en necesidad, y de necesidad en diversion.

Esa vida y esa educacion, le dán una idea tal de su superioridad sobre el hombre de la ciudad, que sin esfuerzo y naturalmente, siente por él un profundísimo desprecio.

El hombre de la ciudad monta mal á caballo; es incapáz de conducirse por sí solo en las llanuras desiertas; mas incapáz aun de procurarse en ellas la satisfaccion de sus necesidades; y por último, el hombre de la ciudad, no sabe prender un toro al certero lazo de los gauchos, y tiene miedo de hundir su cuchillo hasta el puño en la garganta del animal; y no sabe ver sin agitacion que su brazo está empapado en los borbotones de la sangre.

Lo desprecia; y desprecia á la vez la accion de la justicia, porque la justicia viene de la ciudad; y porque el gaucho tiene su caballo, su cuchillo, su lazo y los desiertos, donde ir á vivir sin otro auxilio que el suyo propio, y sin temor de ser alcanzado por nadie.

Esta clase de hombres, es la que constituye el pueblo arjentino, propiamente hablando; y que está rodeando siempre, como una tempestad, los horizontes de las ciudades.

Esa clase, empero, tributa con facilidad su respeto y su admiracion á ciertos hombres : que son aquellos que sobresalen por sus condiciones de gaucho.

Nada mas comun en las sociedades civilizadas que malos jenerales al frente de numerosos ejércitos; que jefes ignorantes de partido, á la cabeza de millares de prosélitos. Pero entre los gauchos tal aberracion es imposible. El caudillo del gaucho, es siempre el mejor gaucho. Él tiene que alcanzar ese puesto, con pruebas materiales, continuadas y públicas. Tiene que adquirir su prestigio sobre el lomo de los potros; con el lazo en la mano; entre las charcas de sangre; durmiendo á la intemperie; conociendo palmo á palmo todas nuestras campañas; desobedeciendo constantemente á las autoridades civiles y militares; y burlando y hostilizando dia por dia cuanta mejora industrial, cuanta disposicion, y cuanto hombre llega de las ciudades á la campaña.

Sin estas condiciones principales, es inútil pensar en acaudillar los gauchos. Pero el que las posee y sabe ostentarlas á tiempo, ese es su caudillo, que los conduce y hace de ellos lo que mejor le place!

Ese es el gaucho; y su importancia social y política se comprende en nuestra revolucion, con pasar la vista, como un relámpago solamente, sobre el inmenso cuadro de nuestra historia.

Las provincias del Rio de la Plata habian llegado á ocupar en la América una estension y una importancia tal, que cuando Carlos III se vé forzado á repeler de nuevo con las armas las pretensiones de los portugueses en ellas; y aconsejado á nombrar de jefe de la expedicion que debia salir de Cádiz al teniente jeneral Don Pedro Zeballos; cree de oportunidad y de conveniencia poner su real sello en la Cédula que erijía en vireynato las provincias del Rio de la Plata, Paraguay, Tucuman, Potosí, Santa Cruz de la Sierra, Charcas, y las lindantes de Mendoza y San Juan; creando por su virey al mismo teniente jeneral Zeballos; que recibe dicha Cédula de erepcion, fecha en San Ildefonso el 1.º de agosto de 1777.

Ya tenemos, pues, descubierta, conquistada, poblada y constituida en vireynato español esa hermosa rejion de la América meridional, donde la Providencia habia decretado la iniciacion y complemento de la grande obra que habia imaginado

en su inefable idea, para la revindicacion de la humanidad ultrajada, y de los magníficos destinos de un mundo, á quien la ambicion, la ignorancia y la supersticion sofocaban.

La esclavitud de la América, que empezó desde el primer instante de su descubrimiento, fué jeme-la con una completa revolucion en Europa; y por una de esas reproducciones pasmosas que se encuentran en la historia de la humanidad, su libertad lo fué de otra no menos vasta revolucion europea.

Los grandes movimientos sociales pueden ser la obra de un solo hombre, de una sola palabra; pero sus consecuencias no pueden ser calculadas, ni contenidas muchas veces por una jeneracion, ni por un siglo. Y la reunion de los Estados Jenerales en Francia, estuvo muy lejos de preveer que ella seria la causa jeneratriz de la decapitacion de una familia, defendida por Dios; del derrocamiento de un trono afianzado por los siglos; de la improvisacion de una República; de un Imperio; del cataclismo universal de la Europa; de la canonizacion de la filosofía del siglo XVIII, y por último, la causa indirecta de la libertad de las colonias españolas

en la América; oprimidas por el poder incontrastable de su metrópoli,—pero así sucedió sin embargo.

La raza americana tenía ya la conciencia de su situación desgraciada. La naturaleza meridional no había desmentido su jenerosidad con la inteligencia de los americanos; y la sangre española, tan ardiente como orgullosa, estaba en sus venas. Los sucesos de la Europa llegaban furtivamente; pero al fin llegaban hasta ellos. Algunos libros del siglo XVIII; algunos debates de la Convencion Francesa; algunos periódicos de la República se escurrian de contrabando entre las mercaderías con que la madre España suplía á las primeras necesidades de sus hijos; y las ideas, primera semilla de las revoluciones, iban formando y dando nociones exactas á los hombres capaces, pero inapercibidos de las colonias.

La conciencia estaba hecha; el convencimiento estaba hecho; los instintos eran uniformes; no faltaba sino la decision y la oportunidad.

La revolucion francesa se encargó de ella.

Fernando VII es arrebatado de su pueblo. El trono español queda vacio. Las provincias del

reino se dán sus gobiernos respectivos ; ó mas bien, se gobiernan como pueden entre la tormenta que las sacudia ; la capital del vireynato de Buenos Aires, quiere darse tambien sus gobernantes ; y bajo ese pretesto. que las circunstancias le ofrecian, pronuncia la primera palabra de su libertad, el 25 de Mayo de 1810.

Ese movimiento fué el iniciador de la revolucion ; y con ésta, la revolucion del continente.

Buenos Aires descubre su pensamiento revolucionario ; la América entera se electriza con él ; y tras el primer relámpago, ahí teneis bajo los cielos americanos esa tempestad de combates y de glorias, entre la cual estallaba el pensamiento y el cañon, al choque violento de dos mundos, de dos creencias, de dos siglos.

La España disputa palmo á palmo su dominacion ; y palmo á palmo sostiene, defiende y hace triunfar su libertad la América, en el decurso de 15 años.

Buenos Aires es en la lucha, y durante ese tiempo, lo que Dios en el Universo ; ella está y resplandece en todas partes. Su espada dá la libertad, ó contribuye á ella, en todas partes : sus ideas,

sus hombres, sus tesoros no faltan en ninguna; y la guerrera y pertináz España, donde no hallaba un hombre hallaba un principio; donde no hallaba un principio hallaba una imitacion de Buenos Aires. Las provincias del Rio de la Plata eran su ángel malo, cuyo influjo dañoso la perseguia como la sombra al cuerpo.

La España resiste con valor; sangre por sangre se cámbia en las batallas, pero la revolucion era demasiado inmensa y demasiado sólida, para que la España pudiera sofocarla con su mano en el siglo XIX, y la España vencida en la América, la América se hace para siempre jamás independiente.

Pero el pensamiento de Mayo habia bebido sus inspiraciones en fuentes harto caudalosa, para poder conformarse con asignar á la revolucion los límites de una independendencia política, y de una libertad civil solamente. Él inició mas que todo eso, y por mas que eso combatieron sus hijos.

Era una revolucion totalmente social lo que buscaba. Una revolucion reformadora de la sociedad educada por la España de la Inquisicion, del absolutismo, y de las preocupaciones heredi-

tarias de tres siglos, en política, en legislación, en filosofía y en costumbres. Y bajo el humo de las batallas que ennegrecia el cielo americano, Buenos Aires marchaba á pasos, por desgracia demasiado rápidos, en la senda de su atrevido cuanto sublime pensamiento.

Sus brazos se extienden por todo el continente; y su inteligencia formula y elabora al mismo tiempo su existencia nueva.

Libres en política, y colonos en tradiciones sociales, legislativas y filosóficas, habria sido una anomalía monstruosa.

Romper con las viejas preocupaciones españolas en política, en comercio, en literatura, y hasta en costumbres, cuando el pueblo se las fuese dando á sí mismo, era imprimir á la revolución el movimiento reformador del siglo: era ponerse á la altura de las ideas de la época; era hacer, en fin, lo que la misma España habia de tentar mas tarde bajo el reinado de Isabel II.

“Quedarse fijo en su abuelo y en su visabuelo” para por esa solidaridad de tradiciones paternas darse la mano con la civilización europea; como acaba de pretenderlo no sé qué mal conocedor de

nuestra historia europea, que ha escrito no sé qué con el título de *Nueva Troya*, era cuanto se necesitaba para no ser mas de lo que fueron el abuelo y el visabuelo, en tiempo de Carlos III y de su antecesor. Reproduccion que, felizmente, la revolucion tuvo el buen sentido de no apetecer jamás.

El mejor Alguacil del Santo Oficio no habria opinado de otro modo; jurando que era una verdadera herejía no ser el nieto lo que fué el abuelo. Pero sigamos el campo de los vastos acontecimientos que narramos de carrera; y así mismo se han de percibir claras y distintas la reproduccion del abuelo y visabuelo en el nieto, dando sus naturales consecuencias; y las que nacieron del divorcio de esas tradiciones pestilentes.

En medio al estrépito de las armas, Buenos Aires, esa capital donde se reunian los contingentes de ideas que le enviaban todas las Provincias de la Union, como enviaban á las batallas los contingentes de lanzas, marcha á grandes pasos en el camino de la revolucion social; y todas las tradiciones de la colonia son tumbadas por la mano de la república. Los grandes principios se fundan y se practican á la vez. La república; el gobier-

no representativo; el ministerio responsable; e sistema electoral; la libertad de la conciencia, del pensamiento, del comercio; la igualdad democrática; la inviolabilidad de los derechos; todo en fin, cuanto la revolucion europea tenia de mas santo, de mas social, lo canoniza para sí la revolucion del Plata. Y á la luz de este brillante dia que se levantaba sobre sus olas, surjieran de la revolucion esas cabezas chispeantes de jénio que hicieron el honor y la gloria de la república, no menos grandes que el honor y la gloria que conquistaba con sus armas sobre los campos de batalla.

Pero dos grandes principios de resistencia debian encontrarse de frente con la reforma social, y desde sus primeros dias se le presentaron, en efecto, disfrazados bajo distintos modos.

De una parte, el sistema de gobierno republicano que la revolucion improvisaba, debia resentir los hábitos monárquicos de una sociedad nacida y educada bajo la monarquía absoluta.

De otra parte, la innovacion civilizadora debia despertar las susceptibilidades del pueblo colonial atrasado, ignorante y apegado á sus tradiciones seculares.

Y esa reaccion franca, injénua, inevitable que sucede á las grandes innovaciones sociales, cuando se obran sobre pueblos no preparados á ellas, debia estallar y estalló en efecto en la república.

De otro lado, la revolucion habia creado en todas las clases de la sociedad sus representantes, su espresion, y sus intereses; y la reaccion se hizo sentir, primero en las rebeliones parciales; despues en las distintas pretensiones de provincia; y últimamente en el pronunciamiento espontáneo y franco del pueblo semi-salvaje de las florestas, restaurando el absolutismo y la ignorancia de sus *abuelos y visabuelos*, contra la clase ilustrada de las ciudades, que representaba el principio civilizador.

Ibarra, Bustos, Lopez, Quiroga, de una parte; Rivadavia y los Congressales, de la otra; no eran sino las peripecias de esa guerra sorda, pero gigantesca, que se disputaba en la república el triunfo de principios y de cosas diametralmente opuestas; como eran la tradicion colonial, y la innovacion revolucionaria.

La historia de las revoluciones sociales en el mundo, es el tratado de lójica mas perfecto: á tales causas han de suceder tales efectos. Y el gran

trastorno que sufría aquí el principio monárquico; la improvisación de una república, donde no había ni ilustración ni virtudes para conservarla; y la plantificación repentina de ideas y de hábitos civilizados, en pueblos acostumbrados á la cómoda inercia de la ignorancia; eran una utópia magnífica pero impracticable, con la cual la barbarie daría en tierra; hasta que una enseñanza mas prolija, en la escuela misma de las desgracias públicas, crease una jeneración que la levantase y la pusiese en práctica:—tal cosa debía suceder; y así ha sucedido, por desgracia.

Durante que las ideas y los hombres se disputaban intereses locales y transitorios, en la época en que se constituía la República, y al amparo de las guerras civiles consiguientes, la reacción social tronaba como una tempestad espantosa en los horizontes del Plata; y en un momento en que ciertos sucesos malhadados de nuestra historia tan dramática, dejaron desierta la escena, todos los principios reaccionarios de la revolución aparecieron en ella personificados maravillosamente bien en un solo hombre; como sucede siempre en los grandes movimientos sociales, prósperos ó ad-

versos para la humanidad ; en que Dios ó el demonio, hacen de todas las ideas y los instintos una sola masa en forma humana, cuyo destino es representar el bien ó el mal, segun sean los elementos de que se ha formado su vida.

Ese hombre era Rosas.

Rosas que era el mejor gaucho en todo sentido ; que reunia á su educacion y á sus propensiones salvajes, todos los vicios de la civilizacion ; porque sabia hablar, mentir y alucinar.

La reaccion habia estallado ; y personificada en él, él debia serla fiel, porque el dia que la hiciera traicion, los sacerdotes sacrificarian el ídolo. Y fiel á su oríjen, y á la mision que acepta, dá al gaucho, á sus ideas y á sus hábitos, el predominio de la sociedad bonaerence, luego que se asegura con el triunfo el imperio de la reaccion.

Sorprendida Buenos Aires, tiene que soportar esa imposicion terrible de la fuerza. Ya no era la cuestion de unitarios y federales: eran la civilizacion y la barbarie las que quedaron para discutir mas tarde su predominio. Entretanto, con la derrota de los unitarios, la civilizacion quedó vencida temporariamente, porque el mismo partido

federal, como representante de un principio político, quedó postrado por el triunfo del caudillo gaucho, que tomando por pretexto la federacion, echó por tierra federacion y unidad. Sin embargo, el partido federal sonreía creyéndose vencedor, mientras que legaba á la historia el derecho de acusarlo, justa y terriblemente algun dia, por haber querido comprar el sacrificio de sus adversarios políticos, con la libertad y el honor de de su pais, entregándolo á manos de un bandido que debia mas tarde pisar con el casco de sus potros los derechos mismos que buscaban bajo el sistema federal. Porque es *mentira* que padecieron un error los federalistas; es *mentira* que no conocieron á Rosas:—Rosas fué conocido desde que tuvo 15 años. A esa edad fué hijo insolente; á los diez y seis, fué hijo huido; mas tarde fué un gaucho ingrato con sus bienhechores; despues fué siempre un bandido rebelde á las autoridades de su pais.

.....

 Ese era el hombre que en 1840 se encerraba en los reductos de Santos Lugares, porque marchaba

sobre la ciudad el puñado de libertadores que conducia el jeneral Lavalle.

Llevemos la vista hasta los campos de Lujan, y allí encontraremos esa cruzada de valientes, á la indecisa luz de los crepúsculos de la tarde, símil de la indecisa suerte que corrian; todo el mundo á caballo, y el pequeño ejército dividido en dos cuerpos; el primero mandado por el jeneral Lavalle, el segundo por el coronel Vilela.

Esos dos cuerpos iban á separarse momentáneamente; el primero iba á dirigirse hácia el Sur; el segundo quedaba sobre Lujan.

El jeneral Lavalle queria conocer primero el espíritu de la campaña al Sur, antes de marchar sobre la capital. En el Norte no se habian reunido á su ejército sino algunos grupos insignificantes de vecinos; pero las milicias y las fuerzas de línea permanecian fieles al tirano:

Los dos cuerpos del ejército se despidieron dando vivas á la libertad de la patria; de esa patria tan cara para sus buenos hijos, y cuyos campos debian regar bien pronto con su noble sangre.

Los escuadrones marchaban, y todavia los soldados se despedían con sus lanzas y sus espadas

El escuadron Mayo, que pertenecia al segundo cuerpo, entonó entonces el Himno Nacional; canto de victoria de nuestras viejas lejonas, cuyas palabras se escapaban con la vida del que caía al bote, de las pujantes lanzas españolas. Y hasta que allá en el horizonte, cubierto con los oscuros velos de la noche, se perdieron las sombras del jeneral Lavalle y sus valientes, los soldados del segundo cuerpo permanecieron á caballo.

Despues los lejonarios de la libertad encendieron sus fogones para calentar su cuerpo entumecido por el frio de aquel rigoroso invierno, mientras que el calor de su alma entusiasmada lo bebían en la fé, en la esperanza y en los recuerdos santos de la patria.

La noche recorrió su manto de estrellas sobre aquel romancesco acampamento, donde no palpita-
ba un corazon que no fuera puro y digno de la mirada protectora de la Providencia. Y solo esas estrellas podrian revelarnos los suspiros de amor que se elevaban hasta ellas, exhalados por el pecho tierno de aquellos soldados, arrancados por la libertad á las caricias maternales y á las sonrisas de la mujer amada, en la edad en que la vida del

hombre abre el jardín de los afectos purísimos de su alma.....

Antítesis terrible! A doce leguas de ese lugar en que la libertad velaba con su manto de armiño el tranquilo sueño de sus hijos, un ejército de esclavos dormía soñando con el crimen á la sombra de la mano de fierro de un tirano!

Seis mil soldados, tendidos entre los reductos de Santos Lugares, estaban esperando la voz del asesino de su patria para abocar sus armas contra los mismos que les traían la libertad. Traidores á su madre comun, podían serlo también al hombre á quien vendían sus derechos; y en el silencio de la noche los acampamentos eran patrullados triplemente por partidas que se mudaban cada dos horas. Unas vijilaban la parte exterior de los reductos, otras paseaban en redor del acampamento, y otra patrullaba por entre las carpas de los soldados. ¿Estaba entre ellas la tienda del tirano? ¿La banderola ó el fierro de su lanza la hacia descubrir en parte alguna? No. Rosas no tenia tienda. De dia escribía dentro de una galera, y de noche no se supo jamás su lugar fijo. Finjía echar su *recado* en tal paraje para pasar la noche,

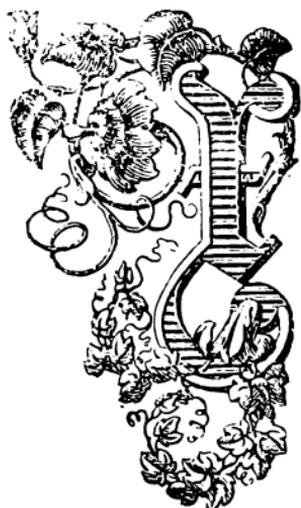
y media hora despues estaba su *recado* solo con algun soldado que lo cuidaba. ¿Vijilaba? No, huía; mudaba de lugar y de escolta para que todos ignoraseñ donde estaba.

El jeneral Lavalle entre tanto, dormia entre sus jóvenes soldados, con la misma confianza con que habia dormido sobre la cama de Rosas, once años antes, cuando fué él solo con sus edecanes á hacer arreglos al acampamento mismo de su enemigo.



CAPITULO IX.

Manuela Rosas.



A que hemos dejado al lector en conocimiento de la situación política y militar, en sus grandes manifestaciones, á la época á que hemos llegado en nuestra historia, es necesario conducirlo ahora á un mas minucioso conocimiento individual de los

personajes que caracterizan la época, y que han de contribuir al desenlace de los acontecimientos que habrán de fijar la suerte respectiva de los protagonistas de la obra, á que nos vamos á acercar bien pronto.

Manuela Rosas es el rasgo histórico mas visible, despues de su padre, en el gran cuadro de la dictadura arjentina.

En 1840 ella no es una sombra, sin embargo, de lo que fué mas tarde, pero en esa época ella empezaba á ser la primera víctima de su padre, y el mejor instrumento, sin quererlo ser y sin saberlo, de sus diabólicos planes.

Manuela estaba en la edad mas risueña de la vida: contaba apenas de veinte y dos á veinte y tres años. Alta, delgada, talle redondo y fino, formas graciosas y lijeramente dibujadas; fisonomía americana, pálida, ojerosa, ojos pardo-claro, de pupíla inquieta y de mirada intelijente; frente poco espaciosa pero bien dibujada; cabello castaño oscuro, abundante y fino; nariz recta, y boca grande, pero fresca y picante;—tal era Manuela en 1840.

Su carácter era alegre, fácil y comunicativo.

Pero de vez en cuando se notaba en ella, despues de algun tiempo, algo de pesadumbre, de melancolía, de disgusto; y sus vivos ojos eran cubiertos alguna vez por sus párpados irritados;—lloraba, pero lloraba en secreto como las personas que verdaderamente sufren.

Su educacion de cultura era descuidada, pero su talento natural suplía los vacíos de ella.

Su madre, mujer de talento y de intriga, pero vulgar, no habia hecho nada por la perfecta educacion de su hija. Y huérfana de madre hacia dos años, Manuela no contaba, á la época que narramos, con otro ser que debiera interesarse por ella, que su padre; porque su hermano era un bellaco rudo inclinado al mal, y sus parientes se cuidaban mucho de Juan Manuel, pero nada de Manuela.

Su corazon habia sentido dos veces ya la tierna serenata del amor á sus cerradas puertas; pero las dos veces la mano de su padre vino á echar los cerrojos de ellas, y la pobre jóven tuvo que ver los mas bellos encantos de la vida de una mujer al travez del cristal, de su imajinacion.

Su padre habia decretado el celibato eterno de aquella criatura sabedora de todas sus miserias, de

todas sus intrigas y de todos sus crímenes ; porque entregaria todos esos importantes secretos con el corazon de la jóven.

Ella, ademas, era su instrumento de popularidad. Con ella lisonjeaba el amor propio del plebeyo alzado de repente á condicion distinguida en la amistad del jefe federal. Con ella trasmitia su pensamiento á sus mas abyectos servidores. Con ella, en fin, sabia la palabra y hasta el jesto de cuantos se acercaban á comprar con una oficiosidad viciosa ó criminal algun destino, algun favor, algun título de consideracion federal.

Su hija, ademas, era el ángel custodio de su vida ; velaba hasta el movimiento de los párpados de los que se acercaban á su padre ; vijilaba la casa, las puertas y hasta los alimentos.

Nos acercamos á esta mujer desgraciada, en los momentos en que su salon está cuajado de jentes, y ella es allí la emperatriz de aquella estraña corte.

Pero nuestra mirada no puede divisar bien las fisonomías ; es necesario acercarse á ellas porque una densa nube de humo de tabaco eclipsa la luz de las bujías.

Los principales miembros de la *Sociedad Popular* hacen su visita de costumbre en ese momento. Y fuman, juran, blasfeman y ensucian la alfombra con el lodo de sus botas ó con el agua que destilan sus empapados ponchos.

Allí está viva y palpitante la democracia de la federacion. Gaetán, Moreira, Merlo, Cuitiño, Salomon, Parra, fuman y conversan mano á mano con los diputados Garcia, Beláustegui, Garrigós, Lahitte, Medrano etc.; con los jenerales Mancilla, Rolon, Soler etc. tambien. Larrazabal, Mariño, Irigoyen, Gonzalez Peña, conversan en otro grupo mientras sus esposas, federalizadas hasta la ecsaltacion, rodean á Manuela con Doña María Josefa Ezcurra, la comadre de Merlo, la ahijada de éste, la sobrina de aquel; parientas en fin de todo jénero y de toda rama de aquellos corpulentos troncos sobre que reposaba la santa é inmaculada causa federal.

Las paredes de aquel salon tenian oídos y boca para repetir al Restaurador de las Leyes lo que allí se decia; pero no podian tener unos ni otra para el jeneral Lavalle. No habia, pues, miedo.

Cada grupo describia á su modo la situacion po-

lítica, pero ninguno disienta en opinion respecto al triunfo cierto del Restaurador sobre sus inmundos enemigos.

Segun unos, la cabeza de Lavalle iba á ser puesta en una jaula en la Plaza de la Victoria.

Segun otros, todo el ejército prisionero debia venir á ser pasado á cuchillo por la *Sociedad Popular*, en la Plaza del Retiro.

Las mujeres tomaban su parte tambien. Ellas declaraban que las unitarias, madres, esposas, hijas, hermanas de los traidores que traía Lavalle, les debian ser entregadas para cortarles la trenza y tenerlas despues á su servicio.

Manuela no hacia sino volver los ojos de uno á otro grupo, oyendo ese certámen del crimen, en el cual todos competian por ganarse el triunfo en la emision de una idea mas criminal que las otras.

Para Manuela esto no era sorprendente, sin embargo, porque la repeticion de esta escena le habia hecho perder su admiracion primitiva. Pero tampoco gozaba de ella, porque en su corazon de veinte y dos años no podia ser música agradable un coro perpétuo de juramentos y de maldiciones. Además, la costumbre de tratar á aquella

jente le habia dado el conocimiento de su importancia real, y ella sabia que no tenian para su padre ni aun la noble fidelidad del perro; que no eran otra cosa que esclavos envilecidos que venian delante de ella á jactarse de un sentimiento que era en ellos, mas que otra cosa, la inspiracion de sus instintos malos, y de su conciencia sometida al miedo y á la voluntad de su amo.

Pero en cámbio, las demas mujeres gozaban por ella.

La una admiraba la elocuencia de su marido.

La otra renegaba del suyo porque no gritaba tanto como los otros. Pero se contentaba con que todos oyeran que ella hablaba por él.

Y otra en fin, se envanecia de poder repetir á Manuela las palabras de su marido, que ésta no oía bien entre el tumulto.

Mercedes Rosas, que tambien hacia parte de la reunion, se alegraba á su vez porque las miradas de los hombres se dirijian á ella á la par que á Manuela, cuando hablaban del degüello y esterminio de los unitarios para defender así la federacion, al Restaurador y á las federales,—palabras galantes con que los oradores de aquella asamblea

cortejaban á las amables damas que allí habia.

Y por último, Doña María Josefa Ezcurra gozaba por todos ellos y por todas ellas.

Larrazabal acababa de declarar en alta voz, que él no esperaba sino la autorizacion de Su Excelencia para ser el primero que mojase su puñal en la sangre de los unitarios.

—Eso es hablar como buen federal,—dijo Doña María Josefa en alta voz.—Por la tolerancia de Juan Manuel se han ido del pais los unitarios que hoy vienen con Lavalle.

—Vienen á su tumba, Señora,—la contestó un hermano federal,—y debemos felicitarnos de que se hayan ido.

—No, Señor, no,—replicó Doña María Josefa.—A seguro llevan preso; y mejor habria sido el matarlos antes de que se fuesen.

—Cabal!—gritó Salomon.

—Sí, Señor, cabal,—prosiguió la vieja.—Y no es lo peor la clemencia de Juan Manuel, sinó que cuando él dá una órden de prender á algunos unitarios, los comisionados se ponen á papar moscas, y los unitarios se les escapan.

Los ojos de la vieja, chiquitos, colorados y pe-

netrantes se clavaron en Cuitiño, que, de pié á dos pasos de ella, arrojaba una bocanada del humo de su cigarro.

—Y no es lo peor tampoco que se les escapen,—continuó,—sinó que cuando los buenos servidores de la federacion les dicen donde están escondidos, ván allá y los mismos unitarios los embaucan como á muchachos.

Cuitiño se dió vuelta.

—Que se vá, comandante Cuitiño?

—No, Señora Doña María Josefa, pero yo sé lo que me hago.

—No siempre.

—Siempre, sí, Señora. Yo sé matar unitarios y he dado pruebas de ello. Porque los unitarios son peores que perros, y yo no estoy contento sinó cuando veo su sangre. Pero usted está con indirectas.

—Me alegro que me haya comprendido.

—Yo sé lo que me hago.

—El comandante Cuitiño es nuestra mejor espada,—dijo Garrigós.

—Así se lo digo todos los dias á Peña para que aprenda,—dijo Doña Simona Gonzalez Peña, una

de las mas entusiastas federales, y que ostentaba, mas que su entusiasmo, unas hermosas barbas negras.

—Pero no es época de espadas,—observó Doña María Josefa,—sinó de puñal. Porque es á puñal que deben morir todos los inmundos salvajes asquerosos unitarios, traidores á Dios y á la federacion.

—Asi és,—dijeron algunos.

—El puñal, esa es la arma que deben tener los buenos federales—continuó Doña María Josefa.

—Cabal! el puñal—gritó Solomon.

—Sí, que mueran á puñal, á puñal!—repetieron otros, y todos en seguida hicieron este magnífico coro de la federacion.

—A puñal, pero en el pescuezo!—dijo Doña María Josefa, relampagueándole los ojos.

—Y que el cuchillo esté mellado, con eso les duele,—agregó Gaetan, hombre amulatado y de una figura la mas repugnante posible.

—Yo lo que siento es que los serenos tengan fusiles, porque Mariño no quiere sinó fusilar á los que llevan á su cuartel,—dijo otro personaje de la reunion.

—Vaya, si es muy escrupuloso este Mariño! Por eso tuvo tantos miramientos con la viudita de Barracas.

—Ha dicho muy bien la Señora Doña María Josefa: el puñal debe ser la arma de los federales, y en adelante yo daré mis órdenes,—dijo Mariño queriendo lisonjear á aquella arpía para que no continuase.

—Que acabe el Restaurador con los que vienen, y nosotros acabaremos con los que están dentro,—dijo Garrigós embutido entre su alta corbata, como era su costumbre.

—A la primera órden que nos dé el Restaurador, la primera cabeza que corte yo, se la he de traer á usted, Doña Manuelita,—dijo Parra.

Manuela hizo un jesto de repugnancia y volvió los ojos á la mujer de Don Fermin Irigoyen, que tenia á su lado.

—Los unitarios son demasiado feos para que quiera verlos Manuelita,—dijo Torres buscando el ponerse de acuerdo con la hija de su padre.

—Así es, pero degollados se han de poner muy buenos mozos,—contestóle Doña María Josefa.

—Si á la niña no le gustan ver esas cosas yo

no le he de traer la cabeza que le he ofrecido,—replicó Parra,—pero los hombres, sí; los hombres es preciso que veamos todos las cabezas de los unitarios, sean lindos ó feos,—continuó dirigiéndose á Torres;—porque aquí no hemos de andar con gambetas. Todos somos federales y todos debemos lavarnos las manos en la sangre de los traidores unitarios.

—Cabal!—gritó Salomon.

—Eso es hablar,—dijo Merlo.

—Y el que no quiera hacer lo que los restauradores, que han de morir por el Señor Don Juan Manuel de Rosas y su hija, que alce el dedo,—dijo Gaetán.

—Mándeme Doña Manuelita, y mándeme donde quiera, que yo solo vasto para traerle un rosario de orejas de los traidores unitarios.

Manuela volvió los ojos á todas las mujeres que allí habia. Buscaba alguna simpatía de seco; alguna armonía blanda de espíritu; algun signo de resignacion que la fortaleciese. Pero nada. . . . nada. . . . nada. Allí no habia en hombres y mujeres sino fisonomías duras, encapotadas, siniestras. En esta el ódio, en aquella el vicio;

en esa la abyeccion de la bestia; en la otra la prostitucion y el cinismo:—he ahí todo cuanto rodeaba á aquella mujer jóven, en cuyo corazon la naturaleza no habia sido avara quizá de afectos tiernos y delicados, pero en el cual la infernal escuela en que la ponía su mismo padre, estaba encalleciendo sus sensibles fibras, al roce de las mas rudas y torpes impresiones.

—Sí, todos debemos contribuir á dar un grande ejemplo para que la federacion quede afianzada sobre bases inconmovibles de diamante!—esclamó el diputado Garcia, con el énfasis y la petulancia que era habitual á sus palabras.

—Bravo!

—Ese será el dia grande de la patria; el dia que se apague esta fiebre de libertad que nos devora—continuó el orador.—Fiebre santa que no se apagará sinó con la sangre de los esclavos unitarios.

—A propósito de fiebre,—dijo Mariño al jeneral Soler, casi al oido, mientras el diputado continuaba su estupenda peroracion ante su popular auditorio.—A propósito de fiebre, sabe usted, jeneral, que el Cura Gaete se nos vá?

—He oido que está malo ¿qué diablos tiene?

—Una fiebre cerebral espantosa.

—Hola!

—De muerte.

—Desde cuando?

—Creo que hace cinco ó seis dias.

—Malo!

—En todo el delirio no habla sinó de magnetismo; de Arana, de dos que dice él mismo que no quiere nombrar, de una porcion de disparates!

—Y al Gobernador no lo nombra?

—No.

—Entonces puede morirse cuando quiera.

—Sin embargo, era un buen federal.

—Y mejor borracho.

—Dice usted bien, jeneral, y es probable que el oríjen de su fiebre sea de alguna tranca.

—De todos modos, si Lavalle triunfa, el diablo se habia de llevar al fraile á las pocas horas.

—Y á muchos con él.

—A usted y á mí por ejemplo?

—Puede ser.

—Todo puede ser.

—Y no es eso lo peor.

—Cómo, jeneral?

—Digo que es lo peor el que no podemos asegurar que no triunfará.

—Cierto.

—Lavalle es arrojado.

—Pero tenemos triple número de fuerza.

—Yo he tomado el Cerrito de la Victoria con un tercio de fuerza de la que defendía su altura.

—Pero eran españoles.

—Pues! eran españoles. Lo que quiere decir, Señor Mariño, que sabían batirse y morir peleando.

—No son menos valientes nuestros soldados.

—Lo sé. Y luego, pueden ser vencidos como lo fueron los españoles, á pesar de su valor.

—Pero la justicia está de nuestra parte.

—Sobre el campo de batalla no hay justicia, Señor Mariño.

—Tenemos el entusiasmo.

—Ellos tambien.

—De manera que.

—De manera que se van á batir, y el diablo sabe quien ganará.

—Jeneral, estamos de acuerdo.

—Ya lo sé.

—He querido saber sus opiniones de usted á ese respecto.

—Ya lo sé tambien.

—No me admira esa perspicacia, jeneral ; usted ha vivido mucho en la revolucion.

—Me he criado en ella.

—Pero nunca habria habido en ella un cataclismo peor que el que sufririamos los federales, si triunfase Lavalle.

—Seria asunto concluido.

—Para todos.

—Especialmente para usted y para mí, Señor Mariño.

—Especialmente ?

—Sí.

—Y por qué, jeneral ?

—Con franqueza ?

—Sí, con franqueza.

—Porque á mí me aborrecen no sé por qué, y á usted por mashorquero.

—Oh !

—Yo sé que no deben quererme.

—Y yo sé que no soy mashorquero, en el sentido de esa palabra.

—Bien puede ser, pero como no hemos de tener un tribunal que nos juzgue, tendremos que hacernos matar ó emigrar.

—Y la emigracion debe ser una cosa terrible, jeneral Soler!—esclamó Mariño meneando la cabeza.

—Esa es la palabra; yo la he sufrido varias veces, y sé que es terrible.

—Entonces es preciso que todos resistamos hasta lo último.

—Quien sabe si podremos contar con todos.

—Tambien tengo esa duda.

—Las defecciones son cosas naturales en todas las revoluciones.

—Ah! y los enemigos encubiertos son los peores!

—Los mas terribles.

—Pero á mí no se me escapan..... Allí tiene usted uno.

—Quien?

—Ese que entra.

—Pero ese es un muchacho.

—Sí, es un muchacho de veinte y cinco años. Todo el mundo lo cree el mejor federal, pero para

mí no es otra cosa que un unitario disfrazado.

--Eso no vale nada.

--Ya lo sé, pero es unitario.

--Su nombre ?

--Bello ; Daniel Bello ; es hijo de un verdadero federal ; hacendado, sócio de los Anchorenas ; y de gran prestigio en la campaña.

--Entonces está bien guardado.

--El mozo este es ademas muy protegido de Salomon ; y entra y sale en todas partes.

--Entonces, mi amigo, es preciso saludarlo,—dijo el jeneral Soler.

--Sí ; pero ya está apuntado,—contestó Mariño, y ambos volvieron á los grupos.





CAPITULO X.

Continuacion del anterior.



RA en efecto Daniel Bello el que habia entrado al salon de Rosas : y despues de atravesar por entre los concurrentes dando fuertes apretones de mano á derecha é izquierda, fué á hacer sus reverencias á Manuela y á las federales damas de su corte.

Daniel llegaba vestido á la rigurosa moda de la

federacion; es decir, venia de chaqueta, chaleco punzó, grandes divisas y sin guantes. Pero la chaqueta estaba perfectamente cortada, con doble botonadura, y vueltas de terciopelo negro en las mangas; sus botas eran de lustroso charol; su chaleco, de rico casimir; sus manos eran delicadas,—manos mujeriles puede decirse,—y su cara la que le conocemos: bella, intelijente y sobre cuya sien pálida caían sus lácios y lustrosos cabellos, mas oscuros que sus ojos castaños, que á veces, con la luz vivísima de su mirada, parecian ser del gris semi-oscuro de los ojos de Cristobal Colon, segun nos los describe el hijo del célebre Almirante. Y todas estas condiciones reunidas eran mas que suficientes para que Daniel fuera bien recibido de las damas; damas, por otra parte, que no podian menos de mirar complacidas aquel hermoso jóven que era de los pocos que á esa época usaban el chaleco punzó de la federacion. Y ellas, pues, que sabian la jactancia de las unitarias por los hermosos y elegantes jóvenes que habia en su partido, miraban con cierto orgullo á aquel que en el de ellas podia rivalizar en todo con el mas bien apuesto unitario.

En el acto la Señora del médico Rivera hizo un lugar en el sofá en que estaba, pero tan estrecho que Daniel habría tenido que sentarse sobre alguna parte del turjente muslo de la abundante hermana de Su Excelencia. Crímen político que estuvo muy lejos de querer cometer, y prefirió una silla al otro extremo del sofá, junto á Manuela.

Mercedes no retrocedió, sin embargo. Se levantó, tomó una silla, se sentó al lado de Daniel, y su primer saludo fué darle un fuerte pellizco en un brazo, diciéndole al oído:

—Se ha hecho el que no ha visto, no?

—He visto que está usted muy buena moza, Señora,—la contestó Daniel creyendo darla lo que buscaba. Pero queria mas.

—Desde ahora le digo una cosa.

—Hable usted, Señora.

—Que quiero que me acompañe cuando nos vamos. Porque hoy deseo hacer rabiar á Rivera yendo con un buen mozo; porque es zeloso como un turco; no me deja ni respirar. Yo le he de contar todo esto, ahora cuando nos vamos.

—Tendré mucho honor, Señora.

—Bueno. Hablemos fuerte ahora para que no se fijen.

Manuela reclinaba su brazo en uno de los dos del sofá, y Daniel habia elejido la silla que se juntaba con el ángulo en que estaba la jóven, é inclinándose un poco podia conversar con ella sin ser oido de los demas :—Así lo hizo y la dijo :

—Si alguien gozára la felicidad y el honor de un interes especial por usted, Señorita, esta casa seria un rival peligroso.

—Por qué, Señor Bello?—contestó Manuela con candidéz.

—Porque la numerosa concurrencia diaria que hay en ella distraeria mucho la imajinacion de usted.

—No,—contestó Manuela con prontitud.

—Perdon, Señorita: yo tengo el atrevimiento de poner en duda esa negativa.

—Y sin embargo, he dicho la verdad.

—Cierto?

—Cierto: yo hago por no oir, y por no ver.

—Es una ingratitud entonces,—dijo Daniel sonriendo.

—No, es una retribucion.

—De qué, Señorita ?

—Crée usted que mi silencio, ó mi displisencia les pueda disgustar ?

—Y cómo no creerlo ?

—Entonces yo les retribuyo el disgusto que ellos me causan con estarme hablando siempre de una misma cosa, que por otra parte, yo no quisiera oír nunca.

—Pero hablan del Señor Gobernador; de la causa que es comun á todos; hablan por el entusiasmo que los anima.

—No, Señor Bello, hablan por ellos mismos.

—Oh!

—Lo duda usted?

—Me sorprende á lo menos.

—Por que usted no ocupa mi triste lugar todos los dias !

—Bien puede ser por eso.

—Eche usted la vista sobre cuantos aquí hay, y, á escepcion de usted, yo no sé cual de los que están esta noche en mi presencia ha venido con otro objeto que el de darse valimiento de federal á mis ojos, para que yo se lo repita á tatita.

—Sin embargo, ellos sirven fielmente á nuestra causa.

—No, Señor Bello, ellos nos hacen mal.

—Mal?

—Sí; porque ellos hablan mas de la que debieran, y quizá no obran con la buena fé que yo quisiera para la causa de mi padre. Además, usted cree que yo estoy contenta con estas mujeres y estos hombres que me rodean?

—Cierto. Usted tiene mas talento que todos ellos.

—No hablo de talento; hablo de educacion.

—Comprendo que deba mortificar á usted mucho la ausencia de otra sociedad.

—Hasta mis primeras amigas me han abandonado.

—La época quizá.

—No, es esta jente, cuya sociedad tengo que aceptar porque tatita lo quiere. Creo que es usted la única persona de calidad que me visita.

—Sin embargo, aquí veo personas muy distinguidas.

—Pero que se han empeñado en hacerse peores que las que no lo son, y lo han conseguido.

—Es terrible cosa!

—Me fastidian, Señor Bello. Paso la vida mas aburrida de este mundo. No oigo hablar sinó de sangre y de muerte, á estos hombres y á estas Señoras. Yo se bien que los unitarios son nuestros enemigos: ¿Pero qué necesidad hay de estarlo repitiendo á cada momento con esas maldiciones que me enferman: y sobre todo, con la espresion de un ódio que yo no creo, porque toda esta jente es incapaz de pasiones? ¿Qué nesicidad, además, de venir aquí mismo á atormentarme la cabeza con esas cosas, impidiendo así que se me acerquen las personas de mi secso, ó los amigos que yo quisiera?

—Es cierto, Señorita,—dijo Daniel con el tono mas sencillo del mundo.—Es cierto; á usted le hacen falta algunas jóvenes de su edad y de su educacion, que la distrajeran y la hicieran olvidar un momento los sobresaltos en qué vive en esta época terrible para todos.

—Oh, cómo seria feliz entonces!

—Conozco una mujer cuyo carácter se armonizaria perfectamente con el de usted; la comprenderia y la querria.

—Sí?

—Una mujer que simpatizó con usted desde el primer momento en que la vió.

—Deveras?

—Que no hay un dia que no me haga alguna pregunta relativa á usted.

—Oh! y quien és?

—Una mujer que es tan desgraciada, ó mas que usted misma.

—Tan desgraciada?

—Sí.

—No ; no hay en el mundo ninguna mas desgraciada que yo,—dijo Manuela exhalando un suspiro y bajando húmedos sus ojos.

—Usted siquiera no es calumniada.

—Que no soy calumniada!—esclamó Manuela alzando su cabeza y fijando sus ojos resplandecientes sobre Daniel.—Es lo único que yo no les perdonaré á los enemigos de mi padre: que hayan hecho pedazos mi reputacion de mujer, por un espíritu de venganza política. Y qué calumnia, Dios mio!—esclamó Manuela llevando la mano á sus vivísimos ojos.

Las conversaciones de los grupos eran tan ani-

madras, que el diálogo de los dos jóvenes no era percibido, sino espiado de vez en cuando por las miradas de Doña María Josefa y de Mariño.

—El tiempo ha de desvanecer todo eso, amiga mía,—dijo Daniel con un tono de voz tan insinuativo y tierno, que Manuela no pudo menos de darle las gracias con una mirada dulcísima.—Pero el tiempo es, por el contrario, el mayor enemigo de la persona con quien hablamos.

—Cómo? Explíquemelo usted.

—El tiempo la hace mal, porque cada instante que pasa agrava su situación.

—Pero qué hay? ¿quién es?—preguntó la joven con una prontitud propia de su carácter impaciente y vivo.

—La calumnian políticamente. La hacen aparecer como unitaria y la persiguen.

—Pero quién es?

—Amalia.

—Su prima de usted?

—Sí.

—Y la persiguen?

—Sí.

—Por orden de tatita?

—No.

—De la policía?

—No.

—Y de quién?

—Del que la persigue.

—Pero quién puede perseguirla?

—Uno que se ha enamorado de ella, y á quien ella desprecia.

—Y

—Perdon y hacen valer la federacion y el respetable nombre del Restaurador de las Leyes, como instrumentos de una venganza innoble é interesada.

—Ah! quién es? quién es el que la persigue?

—Perdon, Señorita, no puedo decirlo todavia.

—Pero yo quiero saberlo para decírselo á tatita.

—Alguna vez lo sabrá usted. Pero tenga usted entendido que es persona de grande influencia.

—Tanto mas criminal entonces, Señor Bello.

—Lo sé.

—Una cosa.

—Hable usted, Señorita.

—Quiero que traiga usted á Amalia.

—Aquí?

—Sí.

—No vendrá.

—No vendrá á mi casa?

—Es algo escéntrica, y se hallaria muy mal entre tan numerosa concurrencia, como la que rodea á usted, Señorita.

—La recibiré sola. pero no, yo no tengo libertad para estar sola.

—Además; ella teme un insulto desde que su casa ha sido registrada.

—Pero es inaudito!

—Además tambien, ella ha dejado su linda Quinta de Barracas por algunos dias; y á pesar del retiro en que vive, está inquieta, sobresaltada.

—Infeliz!

—Usted sin embargo, podria hacerla un gran servicio.

—Yo? Hable usted, Bello.

—Una carta de usted, que ella pudiera enseñarla á quien se presentára sin órden del Señor Gobernador.

—Y habrá quien ose hacerlo sin órden de tatita?

—Lo han hecho ya.

—Bien, escribiré mañana mismo.

—Yo me atrevería á pedir á usted, que al escribir esa carta, recordarse que todos deben guardarse bien de tomar el nombre del jeneral Rosas y de la federacion para cometer injusticia é inferir insultos.

—Bien, bien, comprendo,—dijo Manuela radiante de alegría, con encontrar una ocasion en que poder hacer sufrir al amor propio de aquellos que la incomodaban á todas horas.

—Nuestra conversacion, que yo sostengo con tanta placer,—continuó Manuela,—se prolonga demasiado para no despertar zelos en toda esta jente á quien yo tengo que atender sin distincion de personas, segun lo voluntad de tatita.

—Sus deseos de usted son órdenes que yo respeto. ¿Pero usted me promete no olvidar la carta?

—Sí; mañana mismo la tendrá usted.

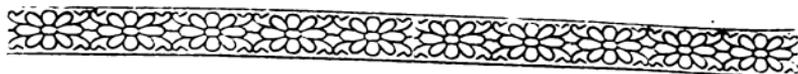
—Bien. Gracias.

Manuela no se habia equivocado; el diálogo con Daniel empezaba á despertar zelos en aquella especie de perros hambrientos de alguna sobra del banquete federal á que asistian todas las noches, y

cuya reina bacanal debia ser Manuela, la pobre víctima de la loca ambicion del que la dió la vida.

La noche estaba fria, pero Garrigós empezaba á sudar desde la frente, cubierta por la máscara de la hipocrecía, hasta su cuello sumerjido dentro su inmensa corbata; tal era cuanto habia perorado aquel discípulo de fray Jerundio de Campasas; y toda la concurrencia esperaba que Manuela acabase su conversacion particular, para irse á su casa á referir á sus allegados las palabras, las sonrisas, las acciones con que habian sido honrados por la Señorita Doña Manuelita Rosas y Ezcurra.

En efecto, no bien Daniel se volvió á Mercedes, y Manuela á la esposa de Mariño, cuando sucesivamente fueron llegando á despedirse de ella cuantos allí habia; haciendo cada uno, un cumplimiento á su modo: El uno la hacía un juramento de morir por ella y por su padre; el otro la ofrecia una cabeza; aquel unas orejas; y mas de uno la ofrecia trenzas de las salvajes unitarias; todo para cuando llegára el dia de la venganza de los federales.



CAPITULO XI.

De como empezó para Daniel, una aventura de Foublas.



OR mas de un momento Daniel llegó á creer con toda buena fé que se hallaba de veras en el infierno. Se puede imaginar, pues, lo que oiria entre aquellas jentes, cuya sociedad buscaba Rosas para su hija.

Manuela, aunque acostumbrada á este coro, se ruborizaba, sin embargo, de que Daniel oyese aquel lenguaje que se le tributaba como homenaje debido á su posicion. Pero con esa elocuencia que aquel poseía en sus miradas, dióla resignacion por varias veces, acabando de convencerla de que habia en él una remarcable superioridad sobre los otros.

La sala quedó al fin despejada, y la Señora Doña Mercedes Rosas de Rivera levantóse para retirarse. Y con aquella su candidéz característica, la dijo abrazándola :

—Con que, hijita, me voy, y me llevo á Bello para hacer rabiarse á Rivera.

Manuela finjió sonreirse.

—No me deja, mujer,—continuó la primera,—está como nunca. Anoche hasta me pellizcó; pero yo, nada. lo he de hacer rabiarse, hasta que deje de zelarme.

—Con que se vá usted, tia ?

—Sí, hijita, pues, hasta mañana.

Y Mercedes imprimió sus lábios y sus rubios lunares en la pálida mejilla de su sobrina.

—Adios, Manuelita. Descanse usted,—la dijo

Daniel dándola la mano, y con una espresion tan dulce y consoladora, que tocada la sensibilidad de aquella desgraciada criatura, sus ojos se anublaron de lágrimas al quedarse completamente sola en su salon.

Mercedes, entretanto, enlazó su brazo al de su compañero, y ambos atravesaron el gran pátio, salieron á la calle del Restaurador, y doblaron luego hácia al Correo.

La noche estaba fria. El pobre Daniel iba en cuerpo, pero el calor de la rabia que llevaba al verse tomado por asalto, le impedia felizmente echar de menos su capa.

—No, no vamos tan lijero,—dijo Mercedes.

—Como usted quiera, Señora,—contestó Daniel.

—Sí, vamos despacio, y ojalá que encontrásemos á Rivera !

—Sí, sí, ojalá !

—Como rabiaria.

—Es posible ?

—Toma !

—Y, por supuesto, que me la quitaria á usted ?

—Qué ! vea usted. Voy á contarle una cosa. La otra noche, me encontró que venia de lo de

Agustina con un mozo. Me vió; y atravesó á la vereda de enfrente. Yo que lo conocí en el acto ¿qué le parece á usted que hice?

—Lo llamaria usted.

—Qué! Nada. Me hice la que no lo habia visto. Empezé á caminar y doblar calles. Casi perdí un zapato que me habia enchancletado. Pero, nada; siempre doblando calles; y Rivera sigue que sigue, por la vereda de enfrente. Yo conocia que venia ardiendo, y dale; á propósito lo hacia; hablaba despacio; me paraba de cuando en cuando; me reía de repente, hasta que al fin llegamos á casa, despues de haber andado mas de una hora, con Rivera por detrás. Allí fué la buena: gritó, hasta qué mas no pudo; pero al cabo, tuvo que venirse á las buenas; se hincó, me besó la mano; y despues.

—Y despues, quedarian las paces hechas, como entre dos buenos esposos,—la dijo Daniel interrumpiéndola, y persuadido ya, que lo mejor era sacar un alegre partido, de la conversacion con aquella orijinal criatura. La mas orijinal, sin duda, en la familia de Rosas, donde todos los caracteres tienen alguna novedad; la más orijinal, pero la

menos ofensiva, y la de mejor corazón. Con ese apellido, tan histórico desgraciadamente, ninguna mujer ha obrado el mal; y ningun hombre ha dejado, mas ó menos, de hacer sentir los arranques de su carácter despótico.

—Y despues quedarian las paces hechas, como entre dos buenos esposos,—habia dicho Daniel.

—Qué, nó! despues se fué á acostar á su cuarto.

—Ah, tienen ustedes cuarto aparte?

—Hace mas de dos años.

—Sí?

—Y es por eso que lo hago rabiarse. Yo paso unas soledades terribles, pero no cedo. Porque, mire usted, yo soy una mujer de pasiones violentas. Tengo una imaginacion volcánica; y no he encontrado todavia quien me comprenda.

—Pero, Señora, y su marido de usted?

—Mi marido?

—Pues, el Señor Rivera.

—Marido! marido! ¿Pero hay cosa mas insoportable que un marido?

—Es posible?

—No hay nada mas prosaico.

--Ah!

--Mas material.

--Sí?

--Jamás la comprenden á una.

—Pues!

—Además, Rivera es tonto.

--Tambien?

—Pues, como todo hombre de ciencia.

—Así és.

—Oh, si fuera un poeta, un artista, un jóven de pasiones ardientes!

—Ah, entonces!

--Ah, yo soy muy desgraciada, muy desgraciada; yo que tengo un corazon volcánico y que comprendo todos los secretos del amor.

—Cierto, es una desgracia, ser como usted es, Merceditas.

—Así se lo digo todos los dias en su cara.

--A quien?

--A Rivera, pues.

—Ah!

--Se lo digo, sí, y á gritos.

—Lo que me ha dicho usted á mí?

--Y mucho mas.

—Y él qué le dice á usted, Señora?

—Nada ¿Qué ha de decirme?

--Y no la hace á usted algo?

--Que! sino puede hacer nada.

—Es muy bueno ese Señor Rivera!

—Sí, es muy bueno, pero no me sirve. Yo necesito un hombre de imaginacion ardiente; un hombre de talento. Oh, un hombre así, para que nos enloqueciésemos juntos.

—Santa Bárbara, Señora!

—Sí; que nos enloqueciésemos; que estuviésemos juntos todo el dia; que.....

—Qué mas, Señora?

—Que nos encerrásemos, aunque Rivera se enojase; y allí compusiéramos versos, y leyésemos juntos todas mis obras.

—Ah, es usted autora?

—Pues no!

—Superior.

—Estoy escribiendo mis memorias.

—Magnífico.

—Desde antes de nacer.

—Como! escribía usted sus obras antes de nacer?

—No; cuento mi historia desde esa época, porque mi madre me ha referido, que desde que estaba embarazada de cinco meses, ya le saltaba en el vientre, hasta el extremo de no dejarla dormir. Nací llena de pelo; y desde que tuve un año, ya hablaba de corrido. No hay pasión porque no haya pasado en el curso de mi vida, y tengo un cajón de la cómoda, lleno de cartas y rulos de pelo.

—Y el Señor Rivera no anda por ese lado?

—Toma! cuando lo quiero hacer rabiar, y él está viendo la calavera....

—Qué?

—Sí, pues, hombre. Una calavera vieja que tiene en su cuarto; y en la que se pone á estudiar no sé qué cosas.

—Ah!

—Pues, como le decia: cuando le siento en su cuarto, sabe lo que hago?

—Vamos á ver.

—Entre-abro la puerta de su cuarto para que me vea por la rendija, y yo abro la cómoda y

empiezo á sacar las cartas y á leer en el primer renglon de cada una :

Mi querida Mercedes.

Idolo de mi vida.

Mi adorada Merceditas.

Merceditas de todo mi corazon.

Incomparable Mercedes.

Merceditas, luz de mis ojos.

Mi Mercedes, estrella de mi vida.

Rubiesita de toda mi alma.

—Y en fin, un millon de cartas, de cuando era soltera, que seria nunca acabar si las dijera.

—Y hasta qué época ha llegado usted en sus memorias?

—Ayer he empezado á describir el dia en que salí de cuidado por primera vez.

—Importante capítulo!

--Es una de las curiosidades de mi vida.

—Pero, Señora, eso es muy comun.

--Qué! si fué una cosa asombrosa. Imajínese usted que salí de cuidado haciendo versos, y sin conocer el trance en que estaba.

—Admirable constitucion!

—Así tuve mi primer hijo, y la mitad es en verso y la mitad en prosa.

—Quien, el niño?

—No, la obra, pues; las memorias.

—Ah!

—Solo este zonzo de Rivera no les quiere dar mérito.

—Será un hombre frio.

—Como una nieve!

—Material.

—Como una piedra!

—Sin espíritu.

—Por supuesto!

—Prosaico.

—Ni leer sabe los versos siquiera!

—Un hombre sin corazon.

—Diga usted que es un zonzo, y lo ha dicho todo!

—Pues bien, diré con el debido permiso de usted, que su marido es un zonzo.

—Eso es. Pero mire usted, así mismo lo quiero. Todas las mañanas él mismo vá al mercado, y se viene con cuanto sabe que á mí me gusta.

Me recuerda dándome palmadas, y me echa en la cama todo cuanto trae. Despues, si el pobre se enoja alguna vez, se viene á las buenas.

—Es una excelente condicion.

—No tiene mas, sino lo que le he dicho. No sirve para nada; y yo necesito un hombre frenético; un jóven, de talento, varonil; que no me deje un solo instante.

—Señora, vamos que ya estamos cerca,—dijo Daniel viendo que su compañera, acertaba cada vez mas el paso.

—Sí, vamos. Le voy á leer á usted algo de mis memorias.

—Perdon, Señora, pero....

—No hay pero que valga.

—Ya es muy tarde, Señora.

—No, no, si no ha de haber venido Rivera todavia.

—Dispense usted, Merceditas, me es imposible.

—Sí, si ha de entrar.

En este momento llegaron á la puerta de la casa.

—Otro dia.

—No, ahora.

—Me esperan en casa.

—Es alguna cita?

—No, Señora.

—No es mujer?

—No, Señora.

—Júremelo.

—Doy á usted mi palabra.

—Entonces, entre.

—No puedo, lo repito, Señora, no puedo.

—Ingrato!

Daniel dió una docena de furiosos golpes con el llamador, á fin de que vinieran cuanto antes, á sacarlo del trance en que se hallaba.

—Pero que ¿deveras no entra usted? ¿Desprecia usted la lectura de mis memorias?

—Otro dia, Señora.

—Bien, pero ese dia será mañana.

—Haré lo posible.

—Mire, hay un pato que dejó Rivera para cenar; entre, vamos á comérselo.

—Señora, si yo no ceno nunca!

—Entonces, mañana!

—Puede ser.

—Bien; voy á tener listos los capítulos mas interesantes de mis memorias.

—Buenas noches, Merceditas.

—Hasta mañana,—contestó ella; y Daniel echóse, no á andar, sino á correr, luego que cerróse la puerta, y quedó en su casa la hermana de su Excelencia el Restaurador de las Leyes, mujer todavia fresca, de hermoso busto y de un color alabastrino, pero de un carácter el mas romántico posible, sirviéndonos de una espresion de aquella época, usada para definir todo lo que salia del órden natural de las cosas. Y mientras nuestro héroe sigue corriendo y riéndose como un muchacho, no podemos menos de pasar con el lector, á ciertos dias anteriores á este, para poder tomar y seguir el hilo de esta historia.

¶





CAPITULO XII.

El despertar del Cura Gaete.



QUEL dia tan fatal para Don Cándido Rodriguez, en que vió frustrada su tentativa de embarque clandestino; y en el momento en que se acercaba á la casa de Daniel, destilando agua todavia de sus empapadas botas y calzones, su discípulo

acompañaba hasta la puerta de la casa al Presidente de la *Sociedad Popular Restauradora*, que habia venido en solicitud de una representacion federal que la *Sociedad* debia dirijir al Ilustre Restaurador de las Leyes, ofreciéndole de nuevo *sus vidas, honor y fama* durante la espantosa crisis que provocaban los inmundos, traidores, asquerosos unitarios. Representacion que le fué ofrecida por Daniel en el acto, con un calor y una elocuencia federal, que dejó atónito al hermano de aquel enojadizo Don Genaro, que retribuía con leñazos el respetable nombre de Salomon, con que querian honrarlo los muchachos: la representacion le debia ser enviada al siguiente dia.

Y lleno de seguridad de que su nombre, despues que firmase ese memorable documento, pasaria de jeneracion en jeneracion, á recibir los aplausos de la mas remota posteridad, se despedia de su jóven amigo, decidido á darle tambien honor, vida y haberes, como modelo que era del mas acendrado federalismo. Y se despedia de él, cuando llegaba el muy respetable secretario privado de Su Excelencia el Gobernador delegado.

—Daniel!—esclamó Don Cándido tomando del brazo á su discípulo.

—Entremos, mi querido maestro.

—No, salgamos,—le contestó queriendo retenerle en el zaguan. Pero Daniel lo tomó del brazo y muy amablemente lo introdujo á la sala.

—Daniel!

—Sabe usted, Señor, que me asusta la entonacion de su voz y el modo de mirarme?

—Daniel! Estamos perdidos.

—No todavía.

—Pero nos perdemos.

—Es posible.

—Y no eres tú quien ha preparado esta suerte impía, calamitosa, adversa, que pesa y gravita sobre nosotros?

—Puede ser.

—Y sabes lo que hay?

—No.

—Pero no te lo dice la conciencia?

—No.

—Daniel!

—Señor. Yo estoy de buen humor esta tarde, pero parece que viene usted á quitármelo.

—De buen humor, y pendiente está sobre tu cabeza, y sobre la mia, que es lo peor, la ensangrentada guadaña de la negra parca?

—Lo que me pone de mal humor no es eso, porque ya lo sé, sino el que usted no me dice lisa y llanamente lo que hay; que vá á emplear media hora de circunlóquios ¿no es verdad?

—No, oye.

—Oígo.

—Seré rápido, violento, súbito en mi discurso.

—Adeiante.

—Tú sabes que soy secretario privado del ministro, ahora Gobernador delegado.

—Estoy.

—Voy todas las mañanas, y escribo lo que hay que copiar, aunque con trabajo; pues has de saber que la escritura, la buena escritura, pertenece unicamente á la edad juvenil, ó mas propiamente dicho, á los treinta años, pues que antes de esa época de la vida el pulso está muy inquieto, y despues, la vista está muy débil y poco flecsibles los dedos; efecto es todo esto de la sangre, que segun dicen, corre con mas ó menos celeridad, segun los años en que está el hombre, y segun la salud,

aunque en mi opinion.....

—Santa Bárbara bendita! Me vá usted á hacer una disertacion.

—Retrográdo.

—Bien.

—Me circunscribiré.

—Mejor.

—Esta mañana, pues.....— y Don Cándido hizo á Daniel la relacion de cuanto le habia ocurrido en lo de Arana, en el convento y en el muelle, empleando una buena media hora en unos doscientos abjetivos y un buen par de docenas de episodios.

Daniel oía, meditaba y formaba su plan con aquella rapidéz de percepcion y de cálculo que le conocemos.

--Conque se incomodó mucho con la cosa del sonambulismo?—preguntó á Don Cándido con los ojos fijos en el suelo, y su mano jugando maquinalmente con su barba.

—Mucho; primero estaba perplejo, indeciso, fluctuante: despues se irritó y.....

—Y miraria sucesivamente al Señor Don Feli-

pe y á usted, durante esa perplejidad de que usted habla?

—Sí, puso una cara que me parecia de un loco.

—(Dudaba. Es criminal y es ignorante, luego es susceptible á la supersticion.)

—Qué estás hablando entre dientes, Daniel?

—Nada, estoy sonámbulo.

—Y no es terrible. ?

—Doña Marcelina le ha dicho á usted que el Cura Gaete quedaba durmiendo la siesta?

—Sí.

—Qué hora seria.

—Tres y media á cuatro.

—Son las cinco y cuarto,—dijo Daniel viendo su reloj.

—Y que habia comido con las sobrinas de Doña Marcelina.

—Entonces ha bebido mucho—continuó Daniel como para sí mismo

—Y bien ¿qué dices? Qué hacemos?

—Salir y andar de prisa—dijo Daniel levantándose, y pasando á su alcoba, donde tomó sus pistolas y su capa.

Volvió á la sala y dijo á Don Cándido:

—Vamos, Señor.

—A donde?

—A salvarnos de la persecucion de Gaete, porque estos no son momentos de vivir con jente á las espaldas.

—Pero donde vamos? ¿Correremos acaso algun peligro?

—Vamos, Señor, ó de lo contrario esta noche ó mañana tiene usted que habérselas con el Cura Gaete y dos ó tres de sus amigos.

—Daniel!

—Fermin! cierra; si alguien viene, que estoy ocupado.

Y Daniel despues de dar esta órden á su fiel criado, se embozó en su capa; y, con Don Cándido arrastrado magnéticamente, enfiló la calle de la Victoria, dobló hácia Barracas, luego hácia el Este, despues de andar algunas cuabras, y fué á salir á la plaza de la Residenciá, en los momentos en que el sol se ponía.

—Daniel,—dijo Don Cándido con tono melancólico y voz trémula,—nos aprocsimamos á la calle de Cochabamba.

—Justamente.

—Pero, y si nos vén de la casa de esa mujer estrafalaria, que habla con todas las tragedias en la boca?

—Mejor entonces.

—Qué es lo que dices?

—Que vamos á esa casa.

—Yo?

—Usted y yo.

—No, no dirá la historia que allí murió Don Cándido Rodriguez.—Y nuestro amigo dió un golpe con su caña de la India en el suelo, y dando luego media vuelta á la derecha, se disponia á volver por el camino que habia andado.

Daniel, sin desembozarse, le tomó del brazo fuertemente, y le dijo :

—Si usted se vuelve, Gaete estará con usted esta noche ; si usted escapa de Gaete, mañana lo mandarán á usted á Santos Lugares. Si usted me sigue y no hace otra cosa que amplificar cuanto yo haga y cuanto diga, usted está salvo entonces.

—Pero tú eres el diablo, Daniel!—dijo Don Cándido abriendo tamaños ojos y mirando á su discípulo.

—Puede ser. Vamos.

—Yo?

—Vamos,—repitió Daniel sacudiendo el brazo de Don Cándido y clavando de sus brillantes ojos rayos tan fijos y tan firmes sobre las débiles pupilas de aquel su esclavo de voluntad, que, como á un golpe galvánico, aquella masa inerte en su alvedrío, siguió al jóven sin responder una palabra.

A pocos minutos de marcha, Daniel y su compañero llegaron á la puerta de Doña Marcelina, en la calle de Cochabamba, como sabe el lector.

La puerta tenia abierta una de sus hojas, y en el pequeño patio no se veía á nadie; la calle estaba solísima.

El jóven tomó la hoja de la puerta y la cerró, quedando él y Don Cándido en la calle. Despues de cerrada tocó suavemente el picaporte.

Nadie salió.

Volvió á llamar un poco mas fuerte; y entonces el ruido de un crujiente vestido de seda le hizo conocer que se acercaba la dueña de aquella solitaria mansion.

La puerta entreabrióse, y Doña Marcelina, toda desprendida, y en desórden sus espesos y dene-
gridos rizos, asomó su redonda y moreniza cara,

en quien la espresion de la sorpresa puso su sello al ver los huéspedes que acababan de tocar sobre las puertas de su Eden.

Pero la inspiracion dramática no se cortaba jamás en aquella hija de la literatura clásica, y su estupor no le impidió la aplicacion de un verso de la Arjia:

—“Solo, sin armas,
Qué pretendeis hacer? Volved al campo.”

—Se ha despertado Gaete?

—“Sus miembros fatigados,
Gozan del sueño la quietud sabrosa.”—respondió Doña Marcelina.

—Adelante, pues,—dijo Daniel empujando suavemente á Doña Marcelina, y arrastrando á Don Cándido en los momentos en que pasaba por su mente la idea de tomar la carrera.

—Qué haceis, temerario?—esclamó Doña Marcelina.

—Cerrar la puerta.

Y en efecto corrió el cerrojo de ella.

—La fisonomía de Daniel tenia en aquel momento la espresion de una resolucion vigorosa.

Doña Marcelina estaba estupefacta.

Don Cándido creía llegada su última hora, y una especie de cristiana resignacion empezaba á esparcirse por su alma.

—Cuales de las sobrinas de usted están en casa?

—Gertruditas solamente; Andrea y las otras acaban de salir.

—Donde está Gertrudis?

—Está peinándose en la cocina, porque el fraile está en el aposento, y yo estaba en la sala reclinada en mi lecho.

—Bien. Usted es una mujer de talento, Doña Marcelina; y con una sola mirada de su brillante imaginacion, alcanzará todo el cuadro que vá á desenvolverse á sus ojos, ó mas bien á sus oidos, porque usted oirá todo desde la sala.

—Pero habrá sangre?

—No, usted me dará su opinion despues, como literata. Quiero en el zaguan hablar con Gertruditas, cuando me disponga á salir.

—Bien.

—Traigo algo para ella y para usted.

—Pero donde vá usted á entrar?

—A ver á Gaete.

—A Gaete?

—Silencio.

Y Daniel tomó de la mano á Don Cándido y entró á la sala, mientras Doña Marcelina se fué á hablar á su Gertruditas.

La sala estaba casi en tinieblas, pero á la débil claridad, que entraba de la luz crepuscular por la rendija de un postigo, el jóven se acercó á él, lo abrió y pudo entonces elejir el objeto que deseaba: este no era otro que la inmensa colcha de zaraza del enorme *lecho* de Doña Marcelina, en que acababa de estar *reclinada*.

Daniel tomó la colcha, dió una punta á Don Cándido y le hizo señas de que la torciera á la derecha, mientras él á la izquierda.

Don Cándido creyó con toda buena fé que se trataba de ahorcar al Reverendo Cura, y á pesar de todo el peligro que corría viviendo su enemigo, la idea de un asesinato le cuajó la sangre. Daniel que adivinaba y estaba en todo, se sonrió, y tomando la colcha ya torcida, miró á Don Cándido y puso su dedo índice sobre los lábios. En seguida, acercóse á la puerta del aposento, y el ronquido áspero, sonoro y prolongado con que salía

el aire pulmonar por la entre-abierta boca del Cura Gaete, le convenció de que allí se podia entrar sin muchas precauciones de silencio, y entró en efecto con Don Cándido pegado á su levita.

Entre-abrió uno de los postigos que daban al patio, y á la débil claridad de la tarde distinguió al Cura de la Piedad, tendido sobre un catre de lona, boca arriba, en mangas de camisa, cubierto con una frazada hasta medio cuerpo, y durmiendo y roncando á pierna suelta.

Tomó una silla, colocóla muy despacio á la cabecera, entre el catre y la pared, hizo señas á Don Cándido de pasar á sentarse en ella, y luego que vió que su maestro habia obedecido maquinalmente, como estaba haciendo todo, puso él otra silla en el lado opuesto. En seguida dió á Don Cándido, por encima del dormido, una de las puntas de la colcha torcida, haciéndole seña de que la pasase por bajo del catre. Obedeció Don Cándido, y en diez segundos, Daniel dejó perfectísimamente bien atado al dignísimo sacerdote de la federacion: atado por la mitad del pecho, contra el catre, pero de tal modo que la puntas del nudo venian á quedar del lado en que el jóven iba á sentarse.

Hecha esta operacion, se acercó á la ventana y dejó apenas la suficiente luz para que los ojos que iban á abrirse distinguiesen los objetos; dió en seguida una de sus pistolas á Don Cándido, que la tomó temblando; le dijo al oído que repitiera sus palabras cuando le hiciera señas, y se sentó.

Gaete roncaba estrepitosamente cuando Daniel exclamó con una voz sonora y hueca :

—Señor Cura de la Piedad!

Gaete dejó de roncar.

—Señor Cura de la Piedad!

Gaete abrió con dificultad sus obotagados ojos, dió vuelta lentamente su pesada cabeza, y al ver á Daniel, sus párpados se dilataron; una espresion de terror cubrió su rostro, y á tiempo de querer levantar la cabeza, exclamó Don Cándido del otro lado :

—Señor Cura de la Piedad!

Es imposible poder describir la sorpresa de este hombre, al dar vuelta hácia el lugar de donde salia esa nueva voz, y encontrarse con la cara de Don Cándido Rodriguez. Por un minuto estuvo volviendo su cabeza de derecha á izquierda; y como si quisiera convencerse de que no soñaba, hizo

el movimiento de incorporarse, sin precipitacion, como dudando, pero la banda que estaba atravesada sobre su pecho y sus brazos, le impidió levantar otra cosa que la cabeza, que inmediatamente cayó otra vez sobre la almohada. Pero esto no era todo. Al tiempo de descender la cabeza, Daniel puso la boca de su pistola sobre la sien izquierda, y Don Cándido, á una seña del jóven, puso la suya sobre la sien derecha; y todo esto sin hablar una palabra, sin hacer un jesto, y sin moverse cada uno de su posicion.

El fraile cerró los ojos, y una palidéz mortal cubrió su frente.

Daniel y Don Cándido retiraron las pistolas.

—Señor Cura Gaete,—dijo el jóven—usted ha entregado su alma al demonio, y nosotros, á nombre de la justicia Divina, vamos á castigar al que ha cometido tamaño crimen.

Don Cándido repitió las últimas palabras de Daniel, con una entonacion y énfasis á que él queria dar todos los visos de supernaturales.

Un sudor abundante y frio empezó á correr por las sienes del Cura Gaete.

—Usted ha jurado asesinar á dos personas qu-

se nos parecen; y antes de que usted cometa ese nuevo crimen vamos á mandarlo á los infiernos. ¿Es verdad que usted ha hecho la intencion de asesinar esos dos individuos, juntándose con tres ó cuatro de sus amigos?

El fraile no respondia.

—Responda usted.

—Responda usted!—dijeron Daniel y Don Cándido, poniendo otra vez la boca de sus pistolas sobre las sienas del fraile.

—Sí; pero yo juro por Dios.....

—Silencio! No nombre usted á Dios,—dijo Daniel cortando la voz trémula y hueca del espantado fraile, cuyo semblante empezó á cubrirse de un color rojo, salpicándosele la frente de manchas amoratadas.

—Apóstata, renegado, impío, tu hora ha llegado, mi poderosa mano vá á descargar el golpe!—esclamó Don Cándido que habiendo comprendido que ya no habia peligro, queria portarse como un héroe.

—De donde iba usted á sacar los compañeros con que pensaba cometer ese crimen?—preguntó Daniel.

Gaete no contestó.

—Responded!—gritó Don Cándido con una voz sonora.

—Responded!—gritó Daniel al mismo tiempo.

—Iba á pedírseles á Salomon,—contestó el fraile sin abrir los ojos y con una voz cada vez mas trémula.

Su respiracion empezaba á hacerse difícil.

—Que pretesto iba usted á darle?

El fraile no respondió.

—Hable usted.

—Hable usted,—repitió Don Cándido poniendo de nuevo su pistola sobre la sien de Gaete.

—Por Dios!—esclamó, queriendo incorporarse, y volviendo á caer sobre la almohada.

—Tiene usted miedo?

—Sí.

—Pues usted vá á morir,—dijo Don Cándido.

Un ruido, acompañado de un sacudimiento de cabeza, se escapó del oprimido pecho de aquel hombre: su sangre empezaba á afluir copiosamente á su cerebro.

—Usted no morirá si se convence de que jamás

se ha encontrado en esta casa con las personas á quienes quiere perseguir,—dijo Daniel.

—Pero y ustedes quienes son?—preguntó el fraile abriendo los ojos y volviendo con dificultad de uno á otro lado la cabeza.

—Nadie.

—Nadie,—repitieron maestro y discípulo.

—Nadie!—esclamó Gaete volviendo á cerrar los ojos, y sufriendo un golpe de convulsion en todos sus miembros.

—No comprende usted lo que le ha pasado y lo que le pasa ahora mismo?

Gaete no respondió.

—Usted está sonámbulo, y su destino es morir en ese estado el dia mismo en que intente hacer el menor daño á las personas que cree estar viendo.

—Sí!—esclamó Don Cándido,—estais sonámbulo, y morireis sonámbulo, de muerte horrible, desgarradora, cruenta, el dia que penseis siquiera en las respetables personas á quienes teniais sentenciadas. La justicia de Dios está pendiente sobre vuestra cabeza.

Gaete apenas entre-oía. Un segundo sacudimiento convulsivo indicó á Daniel que un acciden-

te apoplético estaba cercano de aquel miserable; y desatando entonces el nudo de la colcha que le oprimia el pecho, hizo una seña á Don Cándido, y ambos salieron en puntas de pié: Gaete no los oyó salir.

Doña Marcelina y Gertruditas habian oido todo desde la puerta de la sala, y trémulas estaban con la risa.

—Doña Marcelina,—la dijo Daniel en el zaguán,—su talento de usted es suficiente para adivinar como debe continuarse esta escena.

—Sí, sí; el sueño de Orestes, ó el de Dido con Siquéo.

—Justamente. Eso es lo que ha tenido: un sueño, y nada mas.

—Gertruditas, esto es para usted,—continuó Daniel poniendo un billete de 500 pesos en manos de la sobrina de la ilustrada tia, que lo tomó no sin oprimir lijeramente aquella mano de que tan á menudo recibian obsequios, sin que su hermoso dueño pidiese por ello ningun favor á los animados ojos de las cuatro sobrinas, huérfanas y abandonadas en el mundo, como decia su respetable tia, en cuyas manos puso el jóven otro billete del mismo

valor, saliendo en seguida á la calle de Cochabamba.

Cuatro horas despues de esta escena el Cura Gaeté tenia rapada á navaja toda su cabeza, sin sentir cuatro docenas de sanguijuelas que se entretenian en chuparle la sangre tras de las orejas y en las sienas; y cuatro dias despues el médico de Su Excelencia el Restaurador, y el doctor Cordero no respondian aun de la importante vida del predicador federal.

Entretanto, Daniel estaba perfectamente libre de la persecucion que lo amenazaba en esos momentos en que él necesitaba tanto de su seguridad, por su patria, por su querida y por sus amigos. Y, como un cuerpo de reserva, en la noche de esa escena, le mandó al Presidente Salomon su portentosa representacion, advirtiéndole que habia pasado *toda la tarde* ocupado en su importante redaccion.





CAPITULO XIII.

La casa sola.



IGUIENDO el camino del Bajo que conduce de Buenos Aires á San Isidro, se encuentra, como á tres leguas de la ciudad, el paraje llamado los *Olivos*, y tambien cuarenta ó cincuenta árboles de ese nombre, resto del antiguo bosque que dió el suyo á ese lugar, en donde

mas de una vez acamparon en los años de 1819 y 20, los ejércitos de mil á dos mil hombres que venian á echar á los gobiernos, para al otro dia ser echados á su vez los que ellos colocaban.

Los *Olivos*, sobre una pequeña eminencia á la izquierda del camino, permiten contemplar el anchuroso rio, la dilatada costa, y las altas Barrancas de San Isidro. Pero lo que sobre ese paraje llamaba mas la atencion, en 1840, era una pequeña, deruida y solitaria casa, aislada sobre la barranca que dá al rio, á la derecha del camino: propiedad antigua de la familia de Pelliza, pleiteada entontes por la familia de Canaveri, y que era conocida por el nombre de la *Casa Sola*.

Abandonada despues de algunos años, la casa amenazaba ruinas por todas partes, y los vientos del Sud-Oeste que habian soplado tanto en el invierno de 1840 habrían casi completado su destruccion, si de improviso, y en el espacio de tres dias, no hubieran refaccionádola, y héchola casi de nuevo como por encanto, en toda la parte interior del edificio, dejándole sin la mínima composura en toda su parte exterior.

¿Quién dirijia la obra? ¿Quién mandaba hacerla?

Quién iba á habitar esa casa? Nadie lo sabia, ni lo interrogaba, en momentos en que, federales y unitarios, todos tenian que pensar en asuntos muy sérios y personales.

Pero el hecho és, que las paredes, antes deruidas, quedaron en tres dias primorosamente empapeladas; asegurados los tirantes; allanado el piso; nuevas las cerraduras de las puertas, y puéstose vidrios en todas las ventanas.

Y en aquella mansion, que todo el mundo conocia por el nombre de la *casa sola* habitada poco antes por algunas aves nocturnas; sobre cuyas cornizas abatidas resbalaban las alas poderosas de nuestros vientos de invierno, mientras que al pié de la barranca en que se levantaba, se quebraban en las negras peñas las azotadas olas del gran rio, confundiendo su salvaje rumor con el que hacian los viejos olivares, mecidos por el viento, y apenas á tres cuadras de aquella solitaria y misteriosa casa; en ella, deciamos, se veia ahora el sello de la habitacion humana; y lo que es mas, de la habitacion humana y culta.

Las pocas y pequeñas habitaciones estaban sencilla pero elegantemente amuebladas; y al áspero

grito de la lechuza, habia sucedido allí el melodioso canto de preciosos jilgueros en doradas jaulas.

En el centro de la pequeña sala, un blanquísimo mantel de hilo cubria una mesa redonda de caoba, sobre la que estaban dispuestos tres cubiertos, y cuya porcelana y cristales reflectaban la luz de una pequeña pero clarísima lámpara solar.

Eran las ocho y media de la noche, y la luna, llena y pálida, se levantaba de allá del horizonte del Plata, como una magnífica perla sacada del fondo de las aguas por la mano de Dios, y presentada al mundo.

Una franja de luz, desde el pié de la tierna viajera de la noche, atravesaba el rio, y parecia, sobre su superficie movediza, una inmensa serpiente con escamas de nácares y plata.

La noche era apacible. Las estrellas poblaban el azul del firmamento, y una brisa sutil, y perfumada en los jardines de nuestro Paraná, pasaba por la atmósfera, como el suspiro enamorado de las sílfides que vagaban en aquel momento entre los tiernos rayos de la luna, bebiendo el éter y jugando con la luz diamantina pero ténue de nuestros ástros meridionales.

Todo era soledad y poesía; todo diafanidad y calma en la naturaleza, allí, á orillas de ese rio, testigo tantas veces y en ese instante de la tormenta desencadenada en las pasiones de todo un pueblo.

Las olas se escurrian muellemente sobre su blando y arenoso lecho, y por un momento parece que el invierno habia plegado sus nevosas y agostadoras álas: y en la brisa del norte un aliento primaveral se respiraba.

Al pié de la barranca, que declinaba suavemente hasta la orilla del rio, parada sobre un pequeño médano, á pocos pasos del linde de las olas, una mujer contemplaba estática la aparicion de la redonda luna, saliendo muellemente de las ondas. La serpiente de luz venia á quebrar sus últimos anillos junto aquella misteriosa criatura, y las aguas llegaban con respeto á derramar su blanca espuma en la arena en que se acolchonaba su delicado pié, con ese murmullo del mar tranquilo que parece el canto misterioso con que arrulla al jénio del espacio, cuando duerme quieto sobre su lecho de olas.

Los ojos de esa mujer tenian un brillo astrál, y

su mirada era lánguida y amorosísima como el rayo de la cándida frente de la luna.

Sus rizos, ajitados suavemente por el pasajero soplo de la brisa, acariciaban su mejilla, pálida como la flor-del-aire cuando el sol la toca; y los encajes de su cuello, descubriéndolo furtivamente, dejaban ver el alabastro de una garganta, que, lejos de esas horas primeras de la noche, habria parecido una de esas columnas del crepúsculo matutino, que se levantan, blancas y transparentes como el mármol de Ferrara, entre los estambres dorados del Oriente.

Su talle, ceñido por un jubon de terciopelo negro, parecia sufrir con resistirse á las ligeras corrientes de la brisa y no doblarse como el delicado mimbre de la rosa; y los pliegues de su vestido oscuro, englobándose y desmayándose de repente, parecian querer levantar en su nube aquella Diosa solitaria de aquel desierto y amoroso rio.

Esa mujer era Amalia. Amalia en quien su organizacion impresionable y su imaginacion poética estaban subyugadas por el atractivo imperio de la naturaleza, en ese momento y bajo esa perspectiva de amor, de melancolía y dulcedumbre,

crispido el cielo por el millar de estrellas que, como un arco de diamantes, parecían sostener engarzada la trasparente perla de la noche, cuando todos los síntomas hiemales habían huido bajo una brisa del trópico. Y el alma sensible y delicada de la jóven, sufriendo uno de esos delirios deleitables, que á menudo absorbian en ella y abstraían su pensamiento, solo oía y veía con su espíritu, lejos del mundo material de la vida, sumergida en ese otro sin forma ni color, donde campean los espíritus poetizados en los vuelos de su enajenacion celestina.

Ella no veía ni oía con los sentidos, y el leve rumor que de repente hicieron las pisadas de un hombre cerca de ella, no la hicieron volver su bellísima cabeza del globo arjentino que contemplaba en éstasis.

Un hombre habia descendido de la barranca. Sus pasos, precipitados al principio, se modoraron luego, á medida que fué aprocsimándose á la solitaria visitadora de aquel poético lugar.

Una especie de contemplacion relijiosa pareció embargar el ánimo de ese hombre, cuando á dos pasos de Amalia cruzó sus brazos al pecho y se

puso á admirarla en silencio. Pero un suspiro hizo traicion de repente á su secreto, y, volviendo súbitamente la cabeza, la jóven dejó escápar una exclamacion de sus lábios, á tiempo que su cintura quedó presa entre las manos de aquel hombre, arrodillado ante ella.

Ese hombre era Eduardo.

—Amalia!

—Eduardo!

Fueron las primeras palabras que exclamaron.

—Anjel de mi alma, cuan bella estás así!—dijo el jóven continuando de rodillas á los pies de su amada, mientras sus manos oprimian su cintura, y sus ojos se estasiaban en la contemplacion de su belleza.

—Pensaba en tí,—dijo Amalia poniendo su mano sobre la cabeza de Eduardo.

—Cierto?

—Sí; pensaba en tí; te veía, pero no aquí, no en la tierra; te veía á mi lado en un espacio diáfano, azulado, bañado suavemente por una luz de rosa, respirando un ambiente perfumado, y embriagado de una armonía celeste que vibraba en el aire; te veía en uno de esos instantes de éstasis

en que una fuerza sobrenatural parece desprenderme de la tierra.

—Oh, sí, tú no eres de la tierra, alma de mi alma!—dijo Eduardo sentándose en el declive del pequeño médano y colocando á Amalia al lado suyo, su pié casi tocando las espumosas y rizadas ondas.

—Tú no eres de la tierra,—continuó.—No ves que majestad, cuanta belleza sobre el pálido rostro de la luna? pues hay mayor majestad, mayor encanto sobre tu frente alabastrina. ¿Ves esa luz se diría que se difunde bajo la bóveda del cielo? pues mas bella es la luz de tus miradas, mas tierna y melancólica que el rayo azul de estos diamantes de la noche. Oh! ¡por qué no puedo remontarme contigo al mas espléndido de esos ástros, y allí, coronada de luz, llamarte la reina, la emperatriz del universo! Ah! cuanto te amo, Amalia, cuanto te amo! Con mis manos yo querria cubrir la delicada flor de tu ecsistencia, para que los rayos del sol no ajaran su belleza; y con el aliento abrasado de mi pecho, yo quisiera ausentar el invierno de tu lado.....

—Eduardo! Eduardo!

—Cuan bella estás, Amalia!—Y Eduardo echaba á la espalda los rizos de su amada para que todo su rostro fuese bañado por los rayos plateados de la luna.

—Eres feliz, Eduardo, no es verdad?

—Luz de mi vida, yo no envidio á tu lado la existencia inefable de los ángeles..... Mira: ¿vés aquel astro, al mas brillante que tiene el firmamento? Lo ves? ese es el nuestro, Amalia; esa la estrella de nuestra felicidad; ella irradiaba, y brilla y resplandece como nuestro amor en nuestras almas, como nuestra felicidad á nuestros propios ojos, como tu belleza irradiaba y brilla y resplandece á mi alma.

—No! no!.....

—Amalia!

—No; es aquella!—dijo la jóven estendiendo su mano y señalando una pequeña y pálida estrella, que parecia pronta á sumerjirse en el confin del rio. Despues, su espléndida cabeza se inclinó sobre el hombro de su amado, y sus ojos se clavaron sobre el cenit azul del firmamento.

—Eduardo! Eduardo! exclamó la jóven con sus ojos fijos en las estrellas.

—Vivo para tí; Amalia.

—Tu me has reconciliado con la esperanza, Eduardo.

—Yo no envidio á tu lado la ecsistencia inefable de los ánjeles, Amalia.

—Yo he conocido á tu lado que la felicidad no era un delirio de mi vida.

—Vivir para tí, Amalia.

—Respirar siempre, siempre un perfume de felicidad como esta que nos embriaga.

—Beber tu risa.

—Oh; soy feliz; sí; feliz.

—Oír siempre de tus lábios una palabra de cariño. Amalia, la esplendidéz del dia, la melancólica hermosura de la noche, el universo entero desaparece á mis ojos cuando tu imagen me preocupa; y como tu imagen está fija y gravada sobre mi alma, solo Dios y tú ecsisten para mi corazon. tú me amas ¿no es verdad? ¿tú aceptas en el mundo mi destino, es verdad?

—Sí.

—Cualquier que él sea?

—Sí, sí, cualquiera.

—Anjel de mi alma!

—Si eres feliz, yo beberé en tu sonrisa la ventura inefable de los ángeles.

—Amalia!

—Si eres desgraciado, yo partiré tus pesares ;
y

—Y? acaba.

—Y si el destino adverso que te persigue te condujera á la muerte, el golpe que cortara tu vida haria volar mi espíritu en tu busca

Eduardo estrechó contra su corazon á aquella jenerosa criatura ; y en ese instante, cuando ella acababa su última palabra inspirada del raptó de entusiasmo en que se hallaba, un trueno lejano, prolongado, ronco, vibró en el espacio, como el eco de un cañonazo en un pais montañoso.

La supersticion es la compañera inseparable de los espíritus poéticos ; y aquellos dos jóvenes, en ese momento embriagados de felicidad, se tomaron las manos y miráronse por algunos segundos con una espresion indefinible. Amalia al fin, bajó su cabeza, como abrumada por alguna idea profética y terrible.

—No,—la dijo Eduardo sacudiéndose de su primera impresion.—No esto habria su-

cedido de todos modos..... es efecto del calor estemporáneo que hemos tenido en este día de invierno; nada mas, Amalia.

Una sonrisa dulce y melancólica vagó por los labios de rosa de la jóven; y un suspiro se escapó silencioso de su pecho.

Eduardo continuó;

—La tempestad, está muy lejos, Amalia. Y entretanto un cielo tan puro como tu alma sirve de velo sobre la frente de los dos. El universo es nuestro templo; y es Dios el sacerdote santo que bendice el sentido amor de nuestras almas, desde esas nubes y esos astros; Dios mismo que los sostiene con el imán de su mirada, y entre ellos el nuestro..... sí..... aquella..... aquella debe ser la estrella de nuestra felicidad en la tierra..... ¿No la ves? clara como tu alma; brillante como tus ojos; linda y graciosa como tú misma..... la ves, mi Amalia?

—No..... aquella,—contestó la jóven estendido su brazo y señalando una pequeña y amortiguada estrella que parecia próxima á sumerjirse en las ondas del poderoso Plata, tranquilo como toda la naturaleza en ese instante.

En seguida, Amalia reclinó de nuevo su cabeza sobre el hombro de su amado, como una blanca azucena que se dobla al soplo de la brisa, y se reclina suavemente sobre el tallo de otra. Sus ojos luego quedaron fijos sobre el diáfano cendal del firmamento.

Eduardo la contemplaba embelesado. Y las olas continuaban desenvolviéndose y derramando su blanca espuma, como pliegues vaporosos de blanco tul que se ajitan en derredor del tallo de una hermosa, á los pies de esos amantes tan tiernos y tan combatidos de la fortuna, olas cuyo rumor asemejaba al cerrar de un abanico, cuando con mano perezosa lo abre y cierra una beldad coqueta.

—Por qué me separas tus ojos, luz de mi alma?—la dijo Eduardo despues de un momento de silencio.

—Oh, no.... Yo te miro.... yo te miro en todas partes, Eduardo.—respondióle la jóven mirándolo con una sonrisa encantadora.

—Pero tu has cambiado, alma mia.

—Yo?

—Sí, tú.

—Te engañas, Eduardo, yo no cambio jamás.

—Esta vez, sí.... hace un momento que radiabas de felicidad y de amor..... y ahora.

—Y ahora?

—El brillo de esa felicidad se ha ennublecido.

—Es porque la felicidad es un cristal que se empaña de repente con nuestro propio aliento.

—Desconfías acaso de nuestra suerte.

—Sí.

—Por qué, mi Amalia, por qué?

—No sé.... que quieres!.... han empezado tan tristemente nuestros amores.

—Y que nos importa todo eso si vivimos el uno para el otro.

—Y cual es el instante que hemos tenido de tranquilidad desde que se cambiaron nuestras miradas?

—No importa, somos felices.

—Felices! ¿No está pendiente la muerte sobre tí! oh! y sobre mí porque yo vivo en tí?

—Pero pronto seremos felices para siempre.

—Quien sabe!

—Lo dudas?

—Sí.

—Por qué, mi Amalia?

—Aquí; aquí hay una voz que me habla no sé qué, pero que yo interpreto tristemente.—dijo Amalia poniendo la mano sobre su corazón.

—Supersticiosa!—dijo Eduardo tomando aquella mano que había estado sobre el corazón de su amada y llenándola de besos.

—No es singular,—continuó la joven—no es singular que en el momento de hablar de una desgracia, en medio de esta aparente tranquilidad de la naturaleza, un trueno haya retumbado en el espacio como una fatídica confirmación de mis palabras?

—Y por qué hemos de complicar á la naturaleza con nuestra mala fortuna?

—No sé..... pero..... yo soy supersticiosa, Eduardo; tú lo has dicho.

Y una nueva sonrisa dulce y tierna pasó otra vez jugando por la preciosa boca de la tucumana, descubriendo sus bellos y blanquísimos dientes.

En seguida levantóse, y dijo á Eduardo:

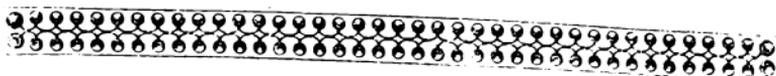
—Vamos.

—No todavía.

—Sí, vamos ; es tarde, y Daniel puede haber llegado quizá.

Y Amalia, con esa superioridad réjia que acompañaba todas sus maneras, atrajo á Eduardo suavemente hasta ella. La mano del jóven rodeó la cintura de la bien amada de su alma, mientras el brazo de esta reposaba sobre el hombro: y, asiados de ese modo, los dos amantes empezaron á ascender la barranca, paso á paso, hablando con los lábios y los ojos, hasta que llegaron á la aislada y desierta *Casa Sola*.





CAPITULO XIV.

Aparicion.



EGUN las órdenes de Amalia ninguna luz se veía en la casa. Las puertas de las habitaciones estaban cerradas, á escepcion de las que daban al rio, porque por ese lado era seguro que no pasaba nadie de noche.

A su entrada á la pequeña sala, Luisa vino á

recibir á su Señora, y el viejo Pedro asomó su cabeza por una ventana interior para ver que volvía sin novedad la hija de su coronel.

—No ha venido Daniel?

—No, Señora; nadie ha venido despues del Señor Don Eduardo.

Pocos momentos hacia que la linda viuda y su gallardo amante conversaban siempre de sus amores y de sus promesas para lo futuro, cuando Pedro, que vijilaba el camino desde una ventana de su cuarto á oscuras, se asomó á la puerta de la sala, y dijo:

—Ahí vienen.

—Vienen! Quiénes? preguntó Amalia sobresaltada.

—El Señor Don Daniel y Fermin.

—Ah! bien, cuidado con los caballos.

—Daniel es nuestro ángel custodio, Eduardo.

—Oh, Daniel, Daniel no tiene semejante entre los hombres! dijo el jóven con cierto aire de vanidad, al tributar aquel homenaje de justicia al amigo de su infancia.

Vivo, alegre, desenvuelto como siempre, Daniel entró á la sala de su prima, cubierto con un pe-

queño poncho que le llegaba al muslo solamente, atada al cuello una cinta negra sobre la que caían los cuellos de su camisa, descubriendo su varonil garganta.

—Los amantes no comen; y esta boberia es una felicidad para mí,—dijo, haciendo desde la puerta una cortesía á su prima, otra á su amigo, y otra á la mesa en que, como sabe el lector, estaban prontos tres cubiertos.

—Te esperábamos,—dijo la jóven sonriendo.

—A mí?

—Con usted se habla, Señor Don Daniel,—dijo Eduardo.

—Ah! muchas gracias! son ustedes las criaturas mas amables del mundo. Y, como se habrán cansado de esperarme! ¡Qué fastidiados habrán pasado el tiempo!

—Así, así, le respondió Eduardo meneando la cabeza.

—Ya! ustedes no pueden estar solos un momento sin fastidiarse.....Pedro!

—Qué quieres, loco?

—La comida, Pedro,—dijo Daniel quitándose su poncho, sus guantes de castor, sentándose á la

mesa ; y echando un poco de vino de Burdeos en un vaso.

--Pero, Señor, eso es una impolítica : se ha sentado usted á la mesa antes que esta Señora.

—Ah ! yo soy federal, Señor Belgrano, y pues que nuestra santa causa se sentó sin cumplimiento, en el banquete de nuestra revolucion, bien puedo yo sentarme sin ceremonia en una mesa que es otra perfecta revolucion : platos de un color, fuentes de otro ; vasos, sin copas de Champagne ; la lámpara casi á oscuras, y una punta del mantel cayendo al suelo, como el pañuelo de mi íntima amiga la Señora Doña Mercedes Rosas de Rivera.

Amalia y Eduardo, que sabian ya la aventura de Daniel, dieron libre curso á su risa, y vinieron á sentarse á la mesa, donde Pedro acababa de poner la comida, á las diez de la noche, en aquella casa en que todo era romanezco y estraño.

--Y bien ; antenoche te comprometiste con esa Señora á hacerla ayer una visita y oír sus memorias ; segun nos lo dijiste anoche, ayer faltaste á tu palabra de caballero, pero supongo que hoy habrás reconquistado tu buen nombre.

—No, mi querida prima,—dijo Daniel trinchando una ave.

—Has hecho mal.

—Puede ser; pero no iré á casa de mi entusiasta amiga, hasta no tener el honor de presentarme en ella con Eduardo.

—Qué?—preguntó Amalia frunciendo las cejas.

—Conmigo!—esclamó Eduardo.

—Pues, no creo que halla aquí otro que se llame Eduardo.

—No pierda usted esa ocasion, Señor Belgrano,—dijo Amalia con ese tono y ese jestito que emplean las mujeres cuando quieren decir á su querido: “Dios lo libre á usted de hacer tal cosa.”

—Amalia, yo no he perdido el juicio todavia,—le respondió Eduardo.

—A fé de Daniel que es una desgracia: yo no he conocido mucho juicio acompañado de mucha suerte.

—Ah! ahora me esplico tu escesiva fortuna,—dijo Amalia, queriendo vengarse de Daniel.

—Cabal! como dice el respetable presidente Salomon; y si Eduardo tuviera menos juicio sabria aprovechar la poderosa proteccion que se le

presenta en la difícil situación en que vive ; es decir, haría una visita á la hermana del Restaurador de las Leyes ; leería con ella sus memorias ; comería con ella antes que Rivera ; se encerraría con ella en la sala mientras Rivera comía, y despues..... y despues ya no habría que temer de Doña María Josefa, ni de nadie.

—Vamos, Eduardo, aproveche usted.

--Amalia, no conoce usted á Daniel?

—Quien sabe si él tiene motivos para hablar así!

—Eso es, prima mía, eso es: nunca se hacen aberturas sino cuando hay presunción de que serán aceptadas.

—Qué dice usted, Eduardo?

—Digo Daniel que me hagas el favor por todos los Santos del Cielo de mudar de conversacion.

Amalia tenía una cara tan seria, y Eduardo había encapotado tanto su mirada cuando habló á Daniel, que este no pudo menos que soltar una estrepitosa carcajada que desarmó á los jóvenes haciéndoles conocer que se burlaba de ellos.

—Son impagables! exclamó Daniel riéndose todavía,—Florencia es menor que tú, Amalia; yo

soy menor que Eduardo, y sin embargo, Florencia y yo tenemos mas juicio que ustedes, sin comparacion; apenas nos enojamos tres veces por semana; pero eso es calculado por mí para tener tres reconciliaciones.

—Pero la haces sufrir, entonces?

—Para hacerla gozar, Amalia; porque no hay felicidad comparable á la que sucede al enojo entre dos personas que se aman de corazon; y si yo consigo que ustedes se enojen tres veces por semana.....

—No, no, gracias Daniel, gracias,—dijo Eduardo con tal viveza que hizo sonreír de placer á aquella mujer querida, á quien queria ahorrarle la juguetona oferta de su amigo.

—Como quieras, yo no hago sino ofrecer.

—Y bien, Daniel. Hablemos de cosas serias.

—Lo que será un prodijio en esta casa.

—Has sabido de Barracas?

—Sí, todavia no han asaltado la casa, lo que es una cosa prodijiosa en tiempo de la santa causa de los federales.

—Ha cesado el espionaje?

—Hace tres noches que no va nadie, lo que

tambien es raro entre los federales, yo he estado esta mañana. Todo está en el mismo órden que lo hemos dejado hace quince dias. He hecho poner una nueva llave á la verja; y tus fieles negros que cuidan la Quinta, duermen mucho de dia para vijilar de noche; y si alguien va se hacen los dormidos, pero vén y oyen, que es lo que yo quiero.

—Oh, mis viejos criados, yo los compensaré alguna vez!

—Ayer los mandó llamar Doña María Josefa; estuvieron con ella esta mañana temprano, pero los pobres no han podido decirla sinó lo que saben; es decir, que no estás en la casa, y que ignoran donde te hallas.

—Oh, que mujer, que mujer, Eduardo!

—No, no es de ellá de quien debemos vengarnos.

—Una cosa, sin embargo, conspira en nuestro favor.

—Cual?

—Cual?—preguntaron con prontitud.

—La situacion pública: El Ejército Libertador está aun sobre la Guardia de Lujan, pero mañana 1.º de setiembre, seguirá sus marchas; Rosas no puede dar su atencion sinó á los grandes peligros,

y nadie se atrevería á importarlo con chismografía individual; la persecucion que se te hace, y la que continúa sobre Eduardo, es simplemente parcial, y en baja esfera; no hay órdenes de Rosas para ello; y la mashorca y todos los corifeos de la federacion, no quieren tomar posicion mas determinativa hasta saber los resultados de la invasion. Así es, que desde el suceso del 23 no hemos tenido nada notable en los últimos quince dias; pero esa desgracia fué ordenada por Rosas.

—Pero qué desgracia? preguntó Amalia llena de inquietud.

—Es un hecho horrible; característico de Rosas.

—Dílo, dílo, Daniel.

—Oye: un Ramos cordobéz, hombre pacífico, abstraído é insignificante en política, llegó á nuestro Buenos Aires el 21 del corriente, trayendo una tropa de carretas desde la campaña del Sur. Su mujer dió á luz, en la madrugada del 23, un niño muerto, quedando en un estado muy delicado. Ramos salió á la calle á hacer las diligencias para el entierro. Un comisario de policía le detuvo en ella, fué con él á casa de Ramos, donde sin consideracion al estado de la familia, empezó el mas

minucioso é indecente rebusco, descerrajando muebles, y sin perdonar los colchones de la enferma. Aunque nada halló, tuvo que cumplir sus órdenes. Intimó á Ramos que le siguiese ; salió con él y su partida ; le sacó de la ciudad y le condujo á San José de Flores. Entonces le hizo saber que iba á morir, y que “Su Excelencia el Restaurador de las Leyes le concedia dos horas, para ponerse bien con Dios.” Las dos horas pasaron y Ramos fué muerto á pistoletazos por la partida.

—Que horror!—esclamó la jóven cubriéndose los ojos con sus manos.—Pero, y la mujer? ¿Qué es de esa desgraciada, Daniel?

—La mujer? Se ha enloquecido, prima mia.

—Loca!

—Sí, loca, y morirá pronto.

Eduardo hizo señas á su amigo de que mudase de conversacion. Amalia se habia puesto ecsecivamente pálida.

—Cuando hayamos pasado esta época terrible—continuó Daniel,—y vivamos juntos, tú y Eduardo, mi Florencia y yo, entonces te diré, mi noble prima, cosas horribles que han pasado

cerca de tí y que las ignoras. Es verdad que entonces seremos tan felices, que quizá no querremos hablar de desgracia ninguna. Vamos á beber por ese momento.

—Sí, sí.

—Sí, bebamos por nuestra dicha futura,—contestaron Eduardo y Amalia acompañando á Daniel con una copa de vino.

—Apenas lo has probado, Amalia; pero yo y Eduardo hemos hecho tus veces; y hacemos bien, el vino vigoriza, y dentro de un momento vamos á correr tres leguas por la costa de nuestro rio.

—Dios mio! esto me inquieta,—esclamó Amalia,—á esta hora.....

—Hasta ahora hemos salido bien, y bien saldremos en adelante,—dijo Eduardo.

—Y si esa confianza fuera demasiada?

—No, amiga mia, no. Los hombres de Rosas nunca andan solos, pero sus comitivas nunca pasan de seis ú ocho hombres.

—Pero ustedes no son mas que tres?

—Justamente, Amalia, y es por qué somos tres que los mashorqueros necesitarian juntarse hasta

el número de doce; cuatro por uno; entonces la cosa podría ser dudosa;—le contestó Eduardo con una confianza tal, que casi llegó á inspirársela á su amada; pero esto fué momentáneo: una mujer enamorada no duda nunca del valor de su amado, però no quiere jamás que lo ponga á prueba, y Amalia le dijo prontamente:

—Sin embargo, ustedes evitarán todo encuentro ¿no es cierto?

—Sí, á menos que no se le ocurra á Eduardo recordar un poco su viejo frenesí por la esgrima. Por no sopartar yo el peso de la espada que él trae todas las noches, me dejaria dar con otra igual.

—Yo no uso armas misteriosas, caballero,—le contestó Eduardo sonriendo.

—Así será, pero son mas eficaces; sobre todo, mas cómodas.

—Ah, ya sé! ¿Qué arma es esa Daniel, que usas tú y con que has hecho á veces tanto daño?

—Y tanto bien, podrias agregar, prima mia.

—Cierto, cierto, perdona; pero respóndeme; mira que he tenido esta curiosidad muchas veces.

—Espera, déjame acabar este dulce.

—No te dejes ir esta noche, sin que me digas lo que quiero.

—Casi estoy por ocultártelo entonces.

—Cargoso!

—Vaya, pues, ahí está la arma misteriosa, como la ha llamado Eduardo.

Y Daniel sacó del bolsillo de su levita y puso sobre la mesa una varilla de mimbre de un pié de largo, y delgada en el centro, y en cuyos extremos habia dos balas de fierro de seis onzas á lo menos cada una, cubierto todo por una red finísima de cuero de Rusia, sumamente espesa; arma que tomada por una de las balas, se blandía sin quebrarse el mimbre, y daba un peso y una fuerza triple al otro extremo, al mas leve movimiento de la mano.

Amalia la tomó al principio como un juguete, pero luego que comprendió todo su poder mortífero la separó de sus manos.

—La has visto ya, mi Amalia?

—Sí, sí, guarda eso. Debe ser terrible un golpe dado con una de esas balas.

—Es mortal si se descarga sobre la cabeza, ó sobre el pecho. Ahora te diré su nombre: en

ingles se llama *Life-preserver*; en francés *casse-tete*; y en español no tiene un nombre especial, pero le aplicaremos el del francés que es el mas espresivo, porque quiere decir, como tú sabes *rompe cabezas*. En Inglaterra esta arma es muy comun; en una provincia de Francia la usan tambien; y Napoleon la hacía llevar en varios rejimientos de caballeria. Para mí tiene dos méritos: el uno haber salvado á Eduardo con ella; el otro, estar pronta para salvarlo otra vez si llega el caso.

—Oh, no llegará! ¿No es verdad que no se espondrá usted, Eduardo?

—No, no me espondré; yo temo demasiado el verme imposibilitado de volver á esta casa.

—Y dice bien, porque es la única de que no lo echan.

—A él?

—Toma! ¿Pues no lo sabes ya, mi querida prima? Nuestro respetable maestro de primeras letras no lo echó á empujones, pero lo echó á discursos. Mi Florencia le dió hospedaje una noche, pero yo lo eché de allí. Un amigo nuestro quiso tenerlo dos dias, pero su respetable padre no quiso hospedarlo sino dia y medio; y por último, yo no

he querido tenerlo sinó dos veces, y con esta noche son tres.

—Pero he estado una en mi casa.—dijo Eduardo con cierto énfasis.

—Si, Señor, es bastante.

—Amalia se esforzaba en sonreirse, pero sus ojos estaban bañados de lágrimas. Daniel las percibió y dijo sacando su reloj:

—Las once y media: es preciso volvernos.

Todos se levantaron.

—El poncho y la espada de usted, Eduardo?

—Se los dí á Luisa, creo que los ha llevado á una pieza interior.

Amalia pasó de la sala á la habitacion contigua, y de esta á otra; ambas sin ninguna luz artificial, alumbradas apenas por la claridad de la luna que penetraba al travéz de los cristales de las ventanas que daban hácia el camino de arriba, que pasaba entre los Olivos y la *Casa Sola*.

Eduardo y Daniel se cambiaban algunas palabras cuando sintieron un grito de Amalia, y al mismo tiempo sus precipitados pasos hácia la sala.

Los dos jóvenes se precipitaban á las habitacio-

nes, cuando las manos de la jóven los detuvieron en el dintel de la puerta de comunicacion.

—Qué hay?

—Qué hay?—preguntaron los dos amigos.

—Nada.... no salgan todavia.... no salgan esta noche.—les respondió Amalia ecsesivamente pálido y descompuesto su semblante.

—Por Dios, Amalia! ¿Qué hay?—le preguntó Daniel con su impetuosidad natural, mientras Eduardo se esforzaba por entrar á las habitaciones oscuras, cuya puerta habia cerrado Amalia y parándose delante de ella.

—Yo lo diré, yo lo diré; pero no entren.

—Pero hay alguien en esas piezas?

—No, nadie hay en ellas.

—Pero, prima mia, por qué has dado ese grito, por qué estás pálida?

—He visto un hombre arrimado á la ventana del cuarto de Luisa que dá hácia el camino; creí al principio que sería Pedro ó Fermin, me aprocsimé para convencerme, y descubierta por ese hombre al acercarme á los vidrios, dió vuelta precipitadamente, se cubrió el rostro con el poncho, y se alejó casi á carrera; pero al separarse de la venta-

na, los rayos de la luna alumbraron su cara y le conocí.

—Y quien era, Amalia?—preguntaron los dos jóvenes:

—Mariño.

—Mariño!—esclamó Daniel, mientras Eduardo se torcia los dedos.

—Sí, él era, no me he engañado. No pude contenerme y dí un grito.

—Todo nuestro trabajo está perdido—esclamó Eduardo paseándose precipitadamente por la sala.

—No hay duda, he sido seguido por él al salir de lo de Arana—dijo Daniel reflexionando.

En seguida el joven se asomó á la puerta que daba al rio, y llamó á Pedro que acababa de salir de la sala con el servicio de la mesa.

El veterano se presentó en el acto.

—Pedro, durante comíamos, donde estaba Fermín.

—No se ha movido de la cocina despues que guardamos los caballos en el cuarto caido.

—Y ni usted, ni él han sentido cosa alguna en el camino, ó cerca de la casa?

—Nada, Señor.

—Sin embargo, un hombre ha estado largo rato, al parecer, contra las ventanas del aposento de Luisa.

El soldado llevó la mano á sus canos vigotes y finjiendo retorcércelos, se dió un fuerte tiron de ellos.

—Usted no lo ha sentido, Pedro. Eso ha podido suceder, pero es necesario mayor vijilancia en adelante; llame usted á Fermin, y en tretanto ponga usted el freno al caballo que él monta.

Pedro salió sin responder una palabra, y al instante entró el criado de Daniel.

—Fermin, necesito saber si hay hombres á caballo entre los Olivos; y si no están ahí, quiero saber que direccion acaban de tomar, y cuantos eran; si de allí han salido, no hará cinco minutos cuando tú llegues.

Fermin se retiró, y en el acto Daniel, Amalia y Eduardo pasaron al aposento de Luisa, y abrieron la ventana, de donde se descubria el camino y los cuarenta ó cincuenta árboles que aparecian á tres cuadras de la casa, como otros

tantos fantasmas que visitaban aquel solitario paraje.

Pocos minutos hacía que estaban observando el camino en la dirección á los árboles cuando Amalia dijo:

—Pero por qué tarda en salir Fermin?

—Oh, está ya muchas cuadras de nosotros, Amalia.

—Pero si no ha pasado y solo por aquí se vá al camino!

—No, mi hija, no; Fermin es buen gaucho, y sabe que al animal que dispara no se le persigue de atrás; estoy seguro que ha bajado la barranca, y que á tres ó cuatro cuadras ha subido y dado vuelta hácia los Olivos por el camino de arriba... Allí está ¿lo ves?

En efecto, á dos cuadras de la *Casa Sola*, orillando el camino á la derecha y dejando un poco á la izquierda los Olivos, se veía un hombre sobre un caballo oscuro que á galope corto seguía el camino; y un momento despues se oyó la voz de ese hombre que cantaba una de esas melancólicas y espirituosas canciones de nuestros gauchos, to-

das diferentes en la letra, y semejantes en la música.

Despues se le vió parar el galope y tomar el trote hácia los Olivos, siempre cantando. Perdió-se luego entre los árboles, y pocos instantes despues se le vió salir de ellos como una exhalacion, repasando en un minuto el camino que habia andado.

—Corren á Fermin, Daniel.

—No, Amalia.

—Pero mira, ya no se vé.

—Comprendo todo.

—Pero qué comprendes?—preguntó Eduardo que carecía de ese talento de observacion que poseía Daniel en tan alto grado, y que le habia hecho conocer la ciencia del gaucho como la de la civilizacion.

—Lo que comprendo es que Fermin no ha encontrado á nadie entre los Olivos, que se ha bajado, que ha buscado algun rastro, que ha encontrado frescas indicaciones de caballos que acaban de tomar la direccion que él lleva, y que sigue por ella á convencerse de su presuncion.

En seguida volvieron á la sala, y no haria diez

minutos que estaban en la puerta de ella que daba hácia el rio, cuando divisaron á Fermin que venia volando por la playa. Subió la barranca á trote largø y vino á desmontarse delante de la puerta.

—Ahí ván, Señor,—dijo con esa indolencia característica del gaucho.

—Cuantos?

—Tres.

—Por qué camino?

—Por el de arriba.

—Has distinguido los caballos?

—Sí, Señor.

—Conoces alguno?

—Sí, Señor.

—A ver.

—El que iba delante es el picazo de galope travado, que monta el comandante Mariño.

Amalia miró sorprendida á Eduardo y á Daniel.

—Bien: baja los caballos á la orilla del rio.

Fermin se retiró llevando el suyo de la brida

—Pero que! se ván?—preguntó Amalia.

—Sin perder un momento,—la respondió su primo.

—Y cómo la dejamos sola, Daniel?

—Fermin se quedará, y él y Pedro nos responderán de ella.

—Yo debo acompañar esta noche al Jefe de Día; y tú dormirás en mi casa.

—Dios mio, nuevos trabajos!—esclamó Amalia llevando sus manos á sus ojos, y oprimiendo sus párpados, como era su costumbre en los momentos en que sufría.

—Sí, nuevos trabajos, mi Amalia, ya esta casa no nos ofrece seguridad, y será necesario buscar otra.

—Pero vamos pronto, Daniel,—dijo Eduardo con una impaciencia tan marcada y una espresion tan dura en sus brillantes ojos de azabache, que Amalia creyó adivinar su pensamiento, y le cojió la mano diciéndole:

—Por mí, Eduardo, por mí,—con tal dulcedumbre, con tal ternura en su mirada y en su voz, que Eduardo, por la primera vez, tuvo que desviar sus ojos de los de ella, para que el leon no fuera fascinado por la maga.

—Descansa en mí, mi Amalia,—la dijo Daniel imprimiendo un beso sobre su frente, como tenia de habitud al despedirse de ella; de esa criatura tan bella, tan noble, tan jenerosa, y tan desgraciada al mismo tiempo.

Eduardo apretaba la mano de su amada, y al mismo tiempo Pedro le daba su poncho y su espada, renegando entre sí mismo de no haber podido saludar con su tercerola, al que vino á espiar las ventanas de la hija de su coronel.

La despedida fué casi silenciosa: cada uno allí estaba animado de distintos deseos, de distintas emociones: Amalia sufría por verlos partir; Eduardo, porque veía que cada momento se ganaba terreno Mariño; y Daniel porque no podia volverse dos hombres y velar por Amalia en el camino de San Isidro, y por Eduardo en la ciudad.

Al pié de la barranca saltaron sobre sus caballos, y Fermin recibió orden de permanecer cerca de Amalia, hasta las seis de la mañana.

En seguida partieron á gran galope por el camino del Bajo, mientras Amalia los seguia con sus ojos, elevados al Cielo cuando húbolos perdido de vista, buscando el propiciar á la divinidad con

los sentidos ruegos de su purísima conciencia, bajo aquel magnífico y sagrado templo de la naturaleza, que pocas horas antes habia escuchado la espression de amor de dos almas formadas por Dios, la una para la otra, y en el peligro á cada instante de ser separadas para siempre por la mano del hombre.



CAPITULO XV.

El Jefe de Dia.



S inútil, Eduardo; vamos á reventar los caballos sin conseguir lo que deseas,—decia Daniel, mientras que los caballos volaban.

—Y sabes lo que deseo?

—Sí.

—Qué?

—Alcanzar á Mariño.

—Sí.

—Pero no será.

—No?

—No lo conseguirás; y he ahí la razón porque me presto á tu capricho de que corramos como dos demonios por este camino, á riesgo de rompernos la cabeza de una rodada.

—Veremos si lo alcanzo.

—Nos lleva veinte minutos.

—No tanto.

—Y mas.

—Al menos, diez hemos reconquistado ya.

—Y si lo alcanzáramos?

—A Roma por todo.

—Qué?

—Que le busco pèndencia y lo atravieso de una estocada.

—Magnífica idea!

—Si no es magnífica, á lo menos es terminante.

—Olvidas que son cuatro?

—Aunque sean cinco; pero son tres solamente: él y sus dos ordenanzas?

—Son cuatro; Mariño, dos ordenanzas, y yo.

—Tú?

—Yo.

—Tú contra mí?

—Contra tí.

—Enhorabuena.

Tal era el diálogo de los dos jóvenes mientras hacían volar sus poderosos corceles; y ya habían andado legua y media de las tres que tenían que correr, cuando Daniel que empezaba á temer que á tal carrera saliérase Eduardo con su loca idea, que era preciso evitar á todo trance, se aprovechó de la aparición de dos hombres á caballo que divisó hácia la derecha del camino, y que marchaban en la misma direccion que ellos.

—Vé ahí; allá van tres hombres, Eduardo. . . . á nuestra derecha. como á dos cuadras. . . . ¿los ves?

—Pero no son tres, son dos solamente.

—No; he visto tres. es que están en línea con nosotros.

Eduardo no oyó mas, y dió vuelta su caballo en direccion á los jinetes que distaban como quinientos pasos. Sesgaba, pues, el camino, perdía tiempo, y era cuanto quería Daniel, que siguió siempre al lado de su amigo.

Los desconocidos, al ver á aquellos hombres que se venian sobre ellos á carrera tendida, tiraron las riendas á sus caballos, y esperaron lo que ocurriera.

Los jóvenes sentaron sus caballos á cuatro pasos de ellos; y Eduardo se mordió los lábios al ver que eran un pobre viejo y un muchacho, los que le habian hecho perder cuatro ó seis minutos de marcha recta; y sobre todo al comprender que habia sido un artificio de Daniel.

Salir de su error, dar vuelta su caballo, y volver á tomar de nuevo la carrera, todo fué obra de un segundo.

Daniel, por ese cálculo frio con que sabia clasificar la importancia de los sucesos, equivocándose rara vez en su vida, tenía la seguridad de que no alcanzarían á Mariño llevándoles veinte minutos de delantera, en el corto camino de tres leguas; confiado en que el redactor de la *Gaceta* no era hombre de ir contemplando la naturaleza, sinó de correr á prisa para dejar cuanto antes aquellos solitarios caminos, y ya casi sin temor ninguno dejaba correr á Eduardo, persuadido de que no habia otro inconveniente que el de dar una rodada, como lo habia dicho.

Los caballos de Daniel eran superiores; de él era el que montaba Eduardo; pero al fin los pobres animales no podían andar tres leguas á carrera tendida, y poco á poco fueron desobedeciendo á sus amos, y perdiendo su fuerza.

Seguían, sin embargo, incitándoles, cuando el ¡quien vive! de un centinela llegó súbito al oído de los jóvenes,—estaban bajo las barrancas del Retiro, donde se hallaba acuartelado el jeneral Rolon, un piquete de caballería, y media compañía del batallón de la Marina que mandaba Maza, y que hacía la guardia del cuartel, pues que el batallón, como se sabe, había marchado el 16 de Agosto para Santos Lugares.

—(Gracias á Dios!) ¡La Patria!—contestó Daniel sentando su caballo, al mismo tiempo que el de Eduardo, de cuya rienda dió un tan fuerte tirón, que al brusco y desigual movimiento del animal casi saltó el jinete de la silla.

—Qué jente?—continuó el centinela.

—Federales netos,—respondió Daniel.

—Pasen de largo.

Y ya volvía Eduardo á tomar el galope cuando una ronca y vibrante voz les gritó:

—Alto.

Los jóvenes se pararon.

—Una comitiva de diez jinetes descendia por la barranca del cuartel de Maza.

Tres de aquellos se adelantaron á reconocer los que venian por el camino del Bajo. Y ecsaminándolos detenidamente estaban, cuando el resto de la comitiva llegó á ellos.

—Me debe usted un caballo, jeneral,—dijo Daniel con ese tono de confianza que sabia tomar en los momentos mas difíciles, y con el que desarmaba al mas malicioso y perspicaz, luego que conoció al jeneral Mancilla, que hacia esa noche el servicio de Jefe de Dia.

—Usted por aquí, Bello?—contestó el jeneral.

—Sí, Señor; yo por aquí, despues de haber andado mas de una legua por la costa del rio á ver si daba con usted, pues que no lo he encontrado en las inmediaciones de ninguno de los cuarteles de la ciudad. No hay mas: me debe usted un caballo, pues que el mio ya no puede mas, despues de lo que he corrido en su busca.

—Pero quedó usted en ir á casa á las once, y he salido á las once y cuarto.

—Entonces yo tengo la culpa?

—Por supuesto.

—Bien, me confieso culpado, y no reclamo el caballo.

—Convenido.

—Y hay novedad, jeneral?

—Ninguna.

—Pero yo le he pedido á usted que quiero ver nuestros soldados en sus cuarteles.

—He empezado por los del Retiro, y nos faltan todos los demás.

—Y se dirige usted ahora?

—Al Fuerte.

—A que están dormidos.

—Toma! alcaldes y jueces de paz, hágame usted el favor qué soldados!

—Bien, jeneral, ¿qué camino va usted á llevar?

—El del Bajo, porque voy primero á la batería.

—Bien, nos encontraremos en la plazoleta del Fuerte.

—Pero vamos juntos.

—No, jeneral; voy á subir á la ciudad á acompañar á este amigo mio que pensó pasar la no-

che con nosotros, pero que se ha indispuerto.

—Toma! Si ustedes no sirven para maldita la cosa, los mozos de ahora.

—Eso es lo mismo que yo le decia á usted esta mañana.

—No pueden pasar una mala noche.

—Ya usted lo vé.

—Bueno, vaya lijero, y nos reuniremos en el Fuerte; allí cenaremos.

—Hasta de aquí un momento, jeneral.

—Ande pronto.

Eduardo hizo apenas un lijero saludo con la cabeza al jeneral Mancilla, y subió con su amigo por la barranca del Retiro.

Diez minutos despues Daniel abria la puerta de su casa; entraba en ella con su amigo; y poco mas tarde, volvia á salir solo, cerraba la puerta y montaba de nuevo en su caballo; en su ágil, nuevo y brioso caballo, el mejor de cuantos habia en la poblada estancia de su padre.

Al pasar por el grande arco de la Recova vió al Jefe de Dia y su comitiva que subia á la Plaza del 25 de Mayo; y volvieron á saludarse junto á

los fosos de la Fortaleza, donde entraron despues de las formalidades militares.

La noche seguia hermosa y apacible; y en el gran patio del Fuerte, y en los corredores de lo que fué en otro tiempo departamentos ministeriales, apiñados estaban, fumando y conversando, todos los alcaldes y jueces de paz de la ciudad, con sus tenientes y ordenanzas; la mitad del cuerpo de serenos, y gran parte de la plana mayor; componiendo todos un número de cuatrocientos cincuenta á quinientos hombres.

Toda esa eterojénea guarnicion de la Fortaleza era mandada esa noche por Mariño, segun las disposiciones del jeneral Pinedo, Inspector de armas.

Imposible es describir la sorpresa del comandante de serenos al ver á Daniel en compañía del jeneral Mancilla, cuando lo creía en ese momento en la *Casa Sola*, á tres leguas de la ciudad.

Daniel no sabia que Mariño estaba esa noche á cargo de la Fortaleza, pero ninguna sorpresa manifestó su semblante; y comprendiendo la de Mariño, delante de él, dijo al Jefe de Dia:

—Esto es servir, jeneral: el Señor Mariño deja la pluma y toma la espada.

—Eso es cumplir los deberes, Señor Bello, —le contestó Mariño sin volver todavía de su sorpresa.

—Y esto es vijilancia. Todo el mundo está aquí despierto,—dijo el Jefe de Dia.

—Lo que no hemos visto en parte alguna,—agregó Daniel, acabando con esto de perturbar la imaginacion de Mariño, pues que si Daniel habia andado acompañando al Jefe de Dia, no podia ser él á quien habia seguido de lejos hasta la *Casa Sola*, tres horas antes; y quizá no seria Amalia aquella mujer que dió un grito en un cuarto á oscuras de esa casa. Así, Mariño se perdía en conjeturas; y mientras el jeneral conversaba con varios jueces de paz, yendo con ellos á una de las habitaciones altas, donde habia una mesa con algunos fiambres y botellas, Mariño no pudo menos de preguntar á Daniel, con esa indiscrecion que acompaña siempre á los espíritus perturbados de improviso:

—Entonces usted no ha paseado esta noche solo, á caballo?

—Un poco.

—Ah!

—Estuve hasta las siete en casa del Señor Gobernador delegado, y antes de ir á juntarme con

el general Mancilla dí un paseo por esos lados del Retiro.

—Por el Retiro, en direccion á San Isidro?

—Pues, en direccion á San Isidro. Pero me acordé que tenia que hacer una dilijencia por el Socorro, y dejé de repente mi paseo envidiando la suerte de uno que iba delante de mí, y que siguió sin tener que hacer dilijencias.

—Adelante de usted?

—Sí, en direccion á San Isidro, por el camino de arriba,—contestó Daniel con una candidéz tal, que Mariño acabó de perder la cabeza; empezando á convencerse de que él mismo se habia burlado á sí mismo.

—Qué quiere usted?—continuó Daniel,—nosotros no tenemos un momento nuestro.

—Así es.

—Oh, y si yo tuviera el talento de usted, Señor Mariño! si yo supiera escribir como usted sabe, mis desvelos entonces podrian ser útiles á nuestra causa; pero ando de aquí para allá todo el dia y toda la noche, y maldito lo que hago en beneficio del Restaurador.

—Cada uno hace lo que puede, Señor Bello,—

contestó Mariño, en cuya alma mas torcida que sus ojos, ni la lisonja hacia impresion.

—Cuando estaremos en paz y veremos afianzados esos luminosos principios federales que usted propaga en la *Gaceta*!

—Cuando no haya ningun unitario descubierto, ni disfrazado,—respondió el escritor federal.

—Eso es lo mismo que le decia yo esta tarde al Señor Gobernador delegado.

En ese momento un ayudante del Jefe de Dia, vino á llamar á Bello y á Mariño de parte de aquel.

Subieron.

Parados en redor de una mesa doce ó catorce individuos, tomaban una copa con el Jefe de Dia. Pero ¡cosa rara! era la tercera ó cuarta vez que vaciaban sus copas, y ningun entusiasta brándis federal habia resonado bajo las bóvedas de aquel palacio, que escuchó en otros tiempos los brindis á la libertad y á la patria! Mariño llegó á tiempo de beber con ellos, pero tampoco dijo una palabra.

—Vamos, Bello ¿qué toma usted?—dijo el jeneral Mancilla.

—Nada, Señor, nada de comer; pero beberé

una copa por el pronto triunfo de nuestras armas federales.

—Y la gloria eterna del Restaurador de las Leyes,—agregó Mancilla; y todos cuantos allí habia bebieron su copa, pero en silencio.

—Comandante Mariño!

—Pronto, Señor,—contestó este acercándose al jeneral Mancilla, que le dijo, separado de los demas.

—Haga usted que toda esta jente se acueste; la cosa puede ser larga, y no es bueno que se fatiguen tanto.

—Hago levantar el puente?

—No hay para qué.

—Crée usted jeneral que esta noche no haya novedad?

—Ninguna.

—Se retira usted ya?

—Sí; voy á visitar otros cuarteles, y me voy á dormir.

—Lleva usted un buen compañero.

—Quien?

—Bello.

—Ah, es una alhaja este muchacho!

—De qué, jeneral?

—No sé si es oro, ó cobre dorado, pero brilla,—dijo Mancilla sonriendo y dando la mano á Mariño.

En seguida, bajaron por la grande escalera, y mientras Mancilla se reunia á su comitiva para montar á caballo, Daniel se acercó á Mariño y le dijo:

—Lo envidio á usted, comandante: yo quisiera tener tambien algun puesto donde poder distinguirme.

—Y sufriria usted por la federacion los desvelos que sufro yo?

—Todo; hasta las murmuraciones.

—Murmuraciones?.

—Sí. Aquí mismo acabo de oír á algunos que criticaban algo de usted.

—De mí?

—Decian que no ha venido usted á la Fortaleza hasta las once de la noche, debiendo venir á las siete.

Mariño revolvió los ojos, y se puso colorado como un tomate.

—Y quien decía eso, Señor Bello?—preguntó Mariño con voz trémula de rabia.

—Eso no se dice, Señor Mariño : se cuentan los milagros sin nombrar los Santos ; pero hablaban de ello, y seria bien desagradable que esto llegase á oídos del Restaurador.

Mariño se puso pálido.

—Habladurías,—dijo.

—Por supuesto. Habladurías.

—Sin embargo no repita usted esto á nadie, Señor Bello.

—Palabra de honor, Señor Mariño ; yo soy uno de los hombres que mas admira el talento de usted ; y que tengo especiales motivos para estarle á usted grato, por el servicio que quiso prestar á mi prima.

—Y su prima de usted está buena?

—Muy buena, gracias.

—La ha visto usted?

—Esta tarde he estado con ella.

—He oído que se ha mudado de Barracas.

—No. Ha venido á pasar unos dias á la ciudad, pero se vuelve pronto.

—Ah, se vuelve?

—De un dia á otro.

—Vamos Bello,—gritó el jeneral Mancilla ya de á caballo.

—Vamos, jeneral; buenas noches, Señor Mariño.

—Recomiendo á usted el olvido de estas habladurias, Señor Bello.

—Ya no me acuerdo de ellas; buenas noches.

Y Daniel saltó en su caballo y salió de la Fortaleza con el Jefe de Dia; dejando á Mariño lleno de perplejidades y zozobra, sin poder clasificar bien á ese jóven que por todas partes se le escapaba, y por todas partes se le entraba en sus negocios privados; á quien odiaba por instinto; y de quien no podia tomar una sola prueba, una sola indiscrecion para perderlo.





CAPITULO XVI.

Continuacion del anterior.



A comitiva del Jefe de Dia tomó por la calle de la Reconquista, que conducia al cuartel del coronel Ravelo.

No eran mas que las doce de la noche, pero la ciudad estaba desierta, pues solo veíase en ella el bulto de los serenos en sus respec-

tivos puestos, prontos á marchar á la Fortaleza para reunirse con su Jefe, á la señal de alarma; pero nada mas. De aquel alegre y bullicioso pueblo de Buenos Aires, cuya juventud en otro tiempo esperaba con impaciencia la noche para dar esparcimiento á su espíritu ávido de aventuras y de placeres, no quedaba ya un solo vestigio. Cada familia encerraba desde el anochecer á los padres y á los hijos; y la simple accion de pasear las calles de Buenos Aires, en la época del terror, despues de las ocho de la noche, era lo bastante para hacer entender que habia una gran seguridad federal, en quien tal cosa hacia. Terrible escuela desde 1838, en que la juventud que permaneció en Buenos Aires, comenzó á aprender hábitos femeniles, aconsejados por esa falta de seguridad personal, que hacia buscar entre las paredes del domicilio la única garantia posible á los que temian á cada paso encontrarse con el puñal ó el chicote de la mashorca.

Pero el sueño venia siquiera en auxilio del inquieto y abrumado espíritu de los habitantes de esa infeliz ciudad? Los deseos eran demasiado vivos, y demasiado punzantes las impresiones del

momento que atravesaban, para poder encontrar en el sueño el olvido de la vijilia. Y no bien las herraduras de la cabalgata del Jefe de Dia resonaban en el empedrado de las calles, cuando alguna sombra se proyectaba desde una azotea, ó algun postigo de una habitacion en tinieblas se entreabria para dar paso á una mirada inquieta y buscadora.

Un caballo á galope, daba oríjen á imaginar un chasque que volaba á anunciar una traicion, una victoria, una derrota.

Un ruido cualquiera, cuya esplicacion no se podia encontrar en el momento, era clasificado de cañoneo, ó de tropel de jente armada.

Y para mas de uno, la comitiva de Mancilla, pareció acaso un escuadron del jeneral Lavalle que se habia precipitado á la ciudad.

Era la causa política quien ponía á los espíritus en esta irritabilidad nerviosa? Era mas que esto: era la causa política y la causa individual quien los sujetaba á ese penoso modo de ecsistencia, porque á las opiniones de la causa comun, ligado estaba para cada individuo el azar de su destino propio.

Los federalistas, por principio, sabian bien que no habia que temer individualmente del triunfo del principio unitario, porque tal principio no venia campeando, ni el jefe de la cruzada libertadora venia á consumir venganzas de opiniones políticas. Mas ellos sabian que el caudillo llamado federal los habia precipitado á una vida de responsabilidades privadas, en las cuales ya no entraba la política, sinó la justicia:—y temian.

Los hombres pertenecientes al club de la Masorca, manchados con cuanto jénero de crimen puede conducir al cadalso, comprendian bien que eran millares de familias las que tenian descargado sobre ellos, el anatema justísimo á que se habian hecho acreedores; porque sus insultos individuales no podian traer sino venganzas y castigos individuales:—y á su vez temblaban del triunfo de Lavalle.

Los que tenian un deudo en el Ejército Libertador, recordaban que era una cuestion de sangre la que se iba á resolver á sus ojos:—y temian de los combates.

Los que no habian dado jamás pruebas prácticas de su entusiasmo federal, motivo suficiente

para la clasificacion de unitario, sufrían la inquietud consiguiente á la incertidumbre de los sucesos pendientes:—y temblaban por la patria y por ellos, al imaginarse una desgracia en el Ejército Libertador.

Y hé ahí, pues, que toda la sociedad, de uno y de otro color político, sus clases, complicadas en la actualidad por las opiniones ó por las obras, por los parientes ó por los amigos, toda entera estaba conmovida, y pendiente su espíritu del mas leve incidente que ocurría.

Daniel, que marchaba al lado de Mancilla percibía á menudo el movimiento de las ventanas, ó las sombras en las azoteas, y comprendía perfectamente cuanto acabamos de decir.

—Nuestra buena ciudad no duerme, jeneral, ¿no nota usted que es cierto lo que le digo?

—Todos esperan, amigo mio,—contestó el jeneral Mancilla, de cuyos labios rara vez salía una palabra sin malicia, sin doble sentido, ó sin sátira.

—Pero todos una misma cosa, jeneral?

—Todos.

—Es asombrosa la mancomunidad de opiniones que reina bajo nuestro sistema federal!

Mancilla dió vuelta y miró furtivamente á aquella *alhaja*, como él decia, y luego contestó:

—Especialmente en una cosa. ¿La adivina usted?

—Palabra de honor, que no.

—Hay una admirable mancomunidad de deseos, de que esto se acabe cuanto antes.

—Esto? Y qué es *esto*, jeneral?

Mancilla volvió á mirar á Daniel, porque la pregunta era una estocada á fondo sobre sus confianzas.

—La situacion, quiero decir.

—Ah, la situacion! Pero para usted no pasará nunca la situacion política, jeneral Mancilla.

—Como así?

—Usted no es hombre para vivir en la vida doméstica; necesita usted los asuntos públicos, y sea en favor, sea en oposicion al gobierno, habrá usted siempre de figurar en nuestro pais.

—Aunque entrasen los unitarios?

—Aunque entrasen. Hay muchos de nuestros federales que figurarán entre ellos.

—Sí; y algunos estarán en un puesto muy eminente, por ejemplo, en la horca; pero en fin,

nosotros debemos estar siempre al lado del Restaurador.

El doble sentido de esa palabra, no escapó á Daniel; pero prosiguió con una naturalidad infantil:

—Sí, él es digno de que ninguno lo abandone-mos en este trance.

—No crea usted que es terrible, este hombre tiene mucha suerte.

—Es que representa la causa federal.

—Que es la mejor de todas ¿no es verdad?— dijo Mancilla mirando á Daniel.

—Así lo he aprendido en las sesiones del con-greso constituyente.

Mancilla se mordió los labios: él había sido unitario en el congreso; pero Daniel tenía tal aspecto de sencillez, que el astuto viejo no pudo comprender bien, si aquellas palabras eran, ó no, un sarcasmo.

Daniel continuó:

—Causa que nunca habrá de ser destruida por los unitarios. No hay que equivocarse, solamente los federales podrán dar en tierra con el jeneral Rosas.

—Parece que tuviera usted cincuenta años, Señor Bello.

—Es que me fijo mucho en lo que oigo.

—Y que es lo que usted oye?

—La popularidad de que gozan algunos federales; usted, por ejemplo, jeneral.

—Yo?

—Sí, usted. Sin los lazos de parentesco que le unen al Señor Gobernador, este vijilaria mucho sobre usted, porque no debe ignorar la popularidad de que goza, y sobre todo, su talento y su valor. A pesar de que he oido, que hablando de esto alguna vez, en 1835, dijo que usted no servia sino para revueltas de real y medio.

Mancilla acercó violentamente su caballo al de Daniel, y le dijo con una voz nerviosa:

—Son propias de ese gaucho bruto esas palabras ¿pero sabe usted por qué las ha dicho?

—Por broma quizá, jeneral,—contestó Daniel con la mayor sangre fria.

—Porque me tiene miedo,—dijo Mancilla apretando el brazo de Daniel, y adjetivando el nombre de Rosas, con aquella palabra que debia ser pronunciada bien claro, para poder ser rey de España,

según decían los españoles, en su última guerra con los franceses.

Aquella brusca declaración era propia del carácter de Mancilla, mezcla de valor y de petulancia, de arrojo y de indiscreción. Pero la situación era tan grave, que no dejó de conocer pronto que se había avanzado demasiado en sus confianzas con Daniel; mas era tarde ya para retroceder, y creyó que lo mejor sería arrancar iguales confianzas de su compañero de ronda, y le dijo con su astucia natural:

—Yo sé que si pegase un grito tendría toda la juventud en mi favor, porque ninguno de ustedes quiere este orden de cosas en que vivimos.

—Sabe usted, jeneral, que yo creo lo mismo?— le contestó Daniel, como si por la primera vez de su vida le ocurriese tal idea.

—Y usted sería el primero en estar á mi lado.

—En una revolución?

—En . . . en cualquier cosa,—dijo Mancilla no atreviéndose á pronunciar aquella palabra.

—Me parece que tendría usted muchos que lo siguieran.

—Pero vendría usted?—preguntó Mancilla in-

sistiendo en arrancar alguna confianza, á aquel jóven que acababa de ser depositario de una enorme indiscrecion suya.

—Yo? Mire usted jeneral, yo no podria por una sencilla razon.

—Y cual?

—Porque yo he jurado no asociarme á nada de lo que hagan los jóvenes de mi edad, desde que ellos en su mayor parte se han hecho unitarios, y yo sigo y profeso los principios de la federacion.

—Bah! Bah! Bah!

Y Mancilla separó su caballo, queriendo convencerse de que Daniel no era sino un muchacho hablantín, y sin peso ninguno en sus ideas, pues que aquel escrúpulo de amor propio no podia caer en un espíritu superior.

Daniel continuó, como si nada notase:

—Además, jeneral, yo tengo horror á la política y me avengo mejor con la literatura y con las damas, como se lo decia esta tarde á Agustinita, cuando me pedia que le acompañase á usted esta noche.

—Así lo creo,—contestó Mancilla con sequedad.

—Que quiere usted, yo quiero ser tan buen porteño como el jeneral Mancilla.

—Qué?

—Es decir; quiero acreditarme como él en el concepto de las buenas mozas.

El amor habia sido siempre el flaco de Mancilla, como su fuerte habian sido siempre las tramollas políticas; y Daniel le empezó á dar en el clavo:

—Pero esos tiempos ya se pasaron,—dijo Mancilla sonriendo.

—No para la crónica.

—Bah, ¡la crónica! ¿y qué sacamos con eso?

—Ni para la actualidad, si usted quiere.

—Eso no es cierto.

—Cierto. Hay mil unitarios que ódian al jeneral Mancilla, de envidia por la mujer que tiene.

—Es linda mi mujer, eh? ¡Es linda!—dijo Mancilla casi parando su caballo, y mirando á su compañero con un semblante lleno de satisfecia vanidad.

—Es la reina de las bellas; así lo confiesan hasta los mismos unitarios, y me parece que si ha sido el último triunfo, ha valido por todos.

—Eso del último.....

—Vamos, no quiero saber nada, jeneral. . . . yo quiero mucho á Agustinita, y no quiero oír que usted le hace infidelidades.

—Ah, mi amigo, si usted enoja y desenoja á las mujeres como á los hombres, usted tendrá en su vida mas aventuras que yo.

—No entiendo, jeneral!—le contestó Daniel fingiendo la mas perfecta sorpresa.

—Dejemos esto, ya estamos en el cuartel de Ravelo.

En efecto, habian llegado al cuartel donde dormian cien negros viejos á las órdenes del coronel Ravelo, y hecha la inspeccion de ordenanza, siguieron luego á visitar el cuarto batallon de patricios, á las órdenes de Ximeno; y en seguida algunos otros retenes.

Pero ¡cosa singular! el champagne de la federacion parecia no *fermentar* ya en el pecho de sus entusiastas hijos; pues que salian sin espuma las preguntas, las respuestas, las conversaciones todas, que tenian con el Jefe de Dia, los jefes á quienes se acercaba, y lo que allí pasaba, sucedia en todas partes y en todas las clases. . . . Causa sin fé, sin conciencia, sin entusiasmo del corazon, que trepi-

daba y desmayaba al primer amago de sus adversarios políticos. sacerdotes sin relijion, que besaban el suelo cuando el ídolo se columpiaba sobre su altar de cráneos.

Daniel veía y estudiaba todo, y se decia á sí mismo á cada paso:

—Doscientos hombres solamente, y toda esta jente se la entregaba atada de pies y manos al jeneral Lavalle.

Eran ya las tres de la mañana cuando el jeneral Mancilla tomó para su casa, en la calle del Potosí.

—Daniel lo acompañó hasta ella. Pero él no queria que el cuñado de Rosas durmiese inquieto por sus confiancias, y le dijo, al llegar á la casa:

—Jeneral, usted ha desconfiado de mí, y lo siento!

—Yo, Señor Bello?

—Sí; conocedor de que toda nuestra juventud se ha dejado fascinar por los locos de Montevideo, ha querido sondearme diciéndome cosas que no siente, porque yo sé bien que el Restaurador no tiene mejor amigo que el jeneral Mancilla; pero felizmente usted no ha visto en mí sinó patriotis-

mo federal. ¿No es cierto?—preguntó Daniel fingiendo la espresion mas tímida del mundo.

—Cierto, cierto,—le contestó Mancilla apretándole la mano y sonriendo de aquel pobre y cándido *muchacho*, como él lo clasificaba en ese momento.

—De manera que contaré con la proteccion de usted, jeneral?

—Siempre, á todas horas, Bello.

—Bien, entonces hasta mañana.

—Hasta mañana, gracias por la compañía.

Y Daniel dió vuelta su caballo, riéndose y diciendo para sí mismo:

—No hubiera dado un diablo por mi vida, mientras tú creyeses que yo tenia tu secreto; ahora me la has dejado rescatar, y no te he devuelto tu prenda:—buenas noches, jeneral Mancilla.





CAPITULO XVII.

Patria, amor y amistad.



ANIEL entró á su casa y él mismo condujo su caballo al pesebre, porque no lo esperaba su fiel Fermin, y los otros criados nada sabian de las escursiones nocturnas de su Señor: él despertó á uno sin embargo, y mandó estuviese pronto para recibir sus órdenes.

Eran las cuatro de la mañana, y cuando entró á sus habitaciones, alumbradas por una mística lámpara, echó de menos el fuego de su chimenea, porque el frio de la madrugada empezaba á hacerse sentir con el rigor con que mostróse en el invierno de 1840. Pero no estaba Fermin, y ningun otro criado podia entrar á las habitaciones de Daniel.

El jóven encendió una bujía, y lo primero que hizo fué pasar al aposento en que dormia Eduardo, contiguo al suyo.

El sueño era ajitado en aquella robusta organizacion, cuyo espíritu apasionado estaba combatido por tan distintas impresiones, despues de cuatro meses; y en su hermoso semblante grabado estaba un ceño duro, revelador de las imágenes adustas que en aquel momento estaban quizá hiriendo su estimulada imajinacion.

Contemplólo Daniel un largo rato; conoció que no hacia mucho tiempo que dormia, por lo poco que quedaba de la vela á cuya luz habia estado leyendo un volúmen de la Revolucion Francesa. Vió en Eduardo la imájen palpitante y viva de la persecucion y la desgracia que sufría la juventud de la República; y elevándose mas y mas su espí-

ritu á medida que las ideas se sucedian en él, llegó á creer que tenia delante de sus ojos una personificacion de la actualidad, en cuya suerte podria estudiar el destino de la jeneracion á que pertenecia.

Pálido, ojeroso ; abrumado su espíritu y su cuerpo por el trabajo, la labor y la ansiedad continua, Daniel pasó á su bufete y se echó en un sillón.

Pero de repente, separando de sus sienes sus lábios y descompuestos cabellos, sentóse á su escritorio, y, tranquilo, con ese semblante sereno que se descubria en él cuando una alta idea le preocupaba, sacó algunas cartas de un secreto de su escritorio, leyólas, tomó la fecha de una de ellas, y escribió luego la siguiente, que leyó despues con completa calma :

“Al Señor Bouchet Martigny, &a. &a.

“Buenos Aires, 1.º de Setiembre de 1840.

“*A las cuatro de la mañana.*

“Muy Señor mio.

“Están en mi poder sus cartas del 22 y 24 del pasado, y la última me ha confirmado la lisonjera

idea, de que la noble causa de mi patria encuentra prosélitos, no solo en sus hijos, sinó tambien en los hombres de corazon, cualquiera que sea la tierra de su nacimiento: y las solicitudes que me avisa usted haber sido dirigidas por compatriotas suyos al gobierno francés, sobre los asuntos del Plata, y en favor de la causa arjentina, son otros tantos títulos de reconocimiento hácia esas escepciones nobles de la Europa, que tan mal nos comprende y peor nos quiere.

“Pero al pagar mi parte en esta deuda de gratitud, debo decir á usted con lealtad, que á la altura á que han llegado los acontecimientos, toda interposicion que deba venir de Europa, favorable ó adversa á nuestra causa, no llegará á tiempo de influir en los sucesos, porque las dos causas políticas deben resolverse al influjo de las armas, dentro de pocos dias.

“Para mí, la situacion encierra un dilema preciso y terminante á este respecto: ó la ciudad es tomada antes de quince dias, y entonces Rosas está perdido para siempre, ó el Ejército Libertador se retira, y entonces todo se pierde por muchos años, de un modo que no ofrecerá posibilidad de nuevo

incremento, ni aun con el auxilio de un poder extraño.

“Dar al jeneral Lavalle todo cuanto elemento sea posible, es lo único que aconseja la situacion actual; pero dárselos sin pérdida de horas; porque del efecto moral que produzca una violenta invasion á la ciudad, mas que un ataque á los reductos de Santos Lugares, puede resultar solamente el triunfo de un ejército que no cuenta tres mil hombres, con las dos terceras partes de caballería; que tiene por enemigo un poder fuerte doblemente en el número, y que no puede, ni debe contar con la mínima cooperacion de los habitantes de Buenos Aires, sinó cuandò haga sentir el ruido de sus armas y los vivas á la patria, dentro las calles mismas de la ciudad.

“Este aparente contrasentido en un pueblo, cuya mayoría maldice las cadenas que lo oprimen, y espera con toda la efusion de su alma la rejeneracion de la libertad patria, yo sé bien que los unitarios se empeñan en separarlo de su consideracion, porque ellos no quieren convenir con que el pueblo de Buenos Aires no sea, en 1840; lo que en 1810: es un honroso error, pero es error al fin, y

pues que los hechos que están ya bajo el dominio histórico, y que han acaecido en todo el Norte de la provincia, destruyen la mitad de las ilusiones unitarias, y arguyen muy alto contra las que se tienen fundadas en la ciudad, yo creo de una innegable conveniencia el no contar con otros recursos que los que tiene propios el Ejército.

“Es imposible, materialmente imposible establecer hoy la asociación de diez hombres en Buenos Aires: el individualismo es el cáncer que corroe las entrañas de este pueblo. Ese fenómeno se explica, se justifica, puedo decir, pero no es tiempo de averiguaciones filosóficas, sino de tomar los hechos existentes, buenos ó malos, y basar sobre ellos el cálculo de operaciones fijas. Y es sobre el hecho de la no revolución en Buenos Aires, que debe calcular sus operaciones el Ejército Libertador.

“Sin mas auxilios que los suyos propios, debe, ó nó, seguir sobre Rosas el jeneral Lavalle? Tal es la cuestión que pueden proponerse algunos, especialmente la *Comision Argentina*, que discurre tanto, aunque con tan poco buen écsito, desgraciadamente.

“Antes de resolverla, sin embargo, yo querría hacer entender el jeneral Lavalle, y á todo el mundo, que el poder de Rosas no está en los esteros, zanjás, cañones y soldados de Santos Lugares; que está en la capital; que está en el Fuerte, puedo decir: Buenos Aires es la cabeza; todo lo demás no son sinó miembros subordinados. Es de Buenos Aires que ha de partir la reaccion en la corriente revolucionaria, que debe descender de ella para surcar por toda la República. Y en este caso el problema por resolver no es otro, que el de si conviene ó no invadir la ciudad por alguno de los flancos de los acampamentos de Rosas, y tomar posesion de ella, dejándolo á él dueño de la campaña.

“En la posicion del jeneral Lavalle, yo no trepidaria en aceptar el primer caso, porque me asiste la conviccion, que si el ejército se retira, la cuestion se pierde y se pierde el ejército; y en esta coyuntura yo preferiria arriesgar esa inmensa pérdida, sobre el único terreno que ofrece una posibilidad de triunfo.

“En la ciudad no puede haber resistencia; los federales están abatidos, por la simple incertidum-

bre de los sucesos, y la mitad de ellos, cuando menos, se pasaria de buen grado al jeneral Lavalle, para buscar con su traicion á Rosas, una garantia futura.

“Mi carta anterior lo ha impuesto á usted del pormenor de los acuartelamientos, tropa de línea, &c. que hay en la ciudad; y si esta otra puede contribuir á meditar sobre la idea que aconsejo, habré conseguido mis deseos, pues que no dudo que del ecsámen de ella resultaria su aprobacion.

“Quiera usted, Señor Martigny, aceptar como siempre las seguridades de mi particular aprecio.

“B.”

Daniel puso á esta carta un sello especial; púsole luego una direccion para Mr. Douglas, y la guardó en el secreto de su escritorio.

Luego escribió la siguiente:

“Amalia: La vision no era otra que Mariño. He conseguido intrigarle el espíritu. Cree y no cree que me ha seguido y que ha dado contigo. Pero esa misma duda lo escitará mas, y querrá salir de ella.

“De hoy en adelante mis pasos serán seguidos mas que nunca.

“No hay remedio: para las dificultades que nos cercan, no hay otro camino que el de la temeridad, que es la prudencia de las situaciones difíciles.

“Es necesario volver á Barracas, y pronto.

“Dispónlo, todo, y consérvate pronta á todas horas.

“Los sucesos se precipitan ya, y todo debe ser rápido, como vá á serlo el choque de nuestra desgracia y nuestra fortuna.

“¡Dios vele sobre los buenos!”

Terminada esta carta, el jóven escribió por último á su Florencia, y le decia:

“Alma de mi alma: todavia soy feliz en el mundo, muy feliz, desde que, abrumado y cansado de una lucha estéril pero terrible, que tú no conoces todavia, tengo tu corazón para refugio de mi alma, tengo tu nombre para acercarme á Dios y á los ánjeles, al escribirlo.

“Hoy he sufrido mucho, y mi único consuelo es la esperanza que tengo de que vas á prestarte á mis deseos:—es necesario que persuadas á tu bue-

na madre, que la decidas á su viaje á Montevideo ; pero pronto, mañana si es posible. Yo facilitaré todo : Y si es necesario para la tranquilidad de su espíritu el que seas mi esposa antes de la partida, mañana mismo nos unirá la Iglesia, como nos ha unido Dios : para siempre.

“Sobre el Cielo que nos cubre, en el aire que respiramos está hoy la desgracia, y quizá..... Quien sabe!..... Todo es fatídico hoy..... Yo no quiero tu mano, es decir, mi felicidad, mi orgullo, mi paraíso, en estos momentos. Pero lo haré, si es necesario para tu partida.

“No me preguntes nada. No puedo decirte, sino que quisiera alzarte sobre los ástros, para que el aire de estos momentos no rozase tu frente. No me pidas que te siga..... No puedo.... Frio como un cálculo, mi destino está hecho. Estoy clavado á Buenos Aires, y..... pero nos hemos de ver pronto, dentro de ocho, dentro de quince dias á lo mas. Es un siglo ¿no es verdad? No importa, en la nube, en el aire, en la luz, tú me conversarás, Florencia, y yo recojeré tus palabras en el adoratorio de tu imájen : en mi alma.

“Me complacerás?

“Madama Dupasquier nada te niega.

“Y yo no te he pedido jamás nada, sinó por tu felicidad y por la mia.

“DANIEL.”

El jóven cerró esta última carta, púsola en su pecho, y esperó al dia para darla direccion con las otras.

FIN DE LA PARTE CUARTA,

Y

DEL TOMO SESTO.



ÍNDICE

DEL

TOMO SESTO.



CAPÍTULO V.	Así fué.....	PAG. 5
“ VI.	Sor Marta del Rosario....	23
“ VII.	Como Don Cándido se decide á emigrar, y cuales fueron las consécuencias de su pri- mera tentativa	33
“ VIII.	La Guardia de Lujan y San- tos Lugares	49
“ IX.	Manuela Rosas	71

CAPÍTULO X. Continuacion del anterior.. PAG. 89

“	XI.	De como empezó para Daniel, una aventura de Fou- blas	103
“	XII.	El despertar del Cura Gaete.	117
“	XIII.	La Casa Sola.....	137
“	XIV.	Aparicion.....	155
“	XV.	El jefe de Dia.....	179
“	XVI.	Continuacion del anterior..	195
“	XVII.	Patria, amor y amistad....	209



